

Raúl Prebisch: «No se trata de un juego de palabras»

Carlos Mallorquín*

Resumen. La construcción del pensamiento latinoamericano en proceso supone examinar sus categorías inaugurales y simultáneamente superarlas para sugerir las luchas y transformaciones sociales de un universo económico-social irreconocible respecto a sus progenitores, en parte por sus ideas. Lo que sigue intenta, reconquistar, y evaluarlas. Esa tarea colosal, ya sea consciente o inconsciente se presenta en el libro *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina* (2024). Mi crítica, no obstante, ofrece una reconfiguración-superación conceptual desde lo que llamo el archi(vo)piélago latinoamericano sustentado en el concepto de posesión-en-separación para restaurar la importancia de las relaciones sociales para comprender la noción de heterogeneidad. La continuidad de dichos aspectos, referidos a la problemática indígena, puede verse en mi reciente artículo «Cristóbal Kay ante la incompletitud del desarrollo y sus teorías» de reciente aparición.

Palabras clave: Celso Furtado, Raúl Prebisch, desarrollo, subdesarrollo, decolonial.

Raúl Prebisch: «this isn't just a play on words»

Abstract. The construction of Latin American thinking in process involves re-examining its inaugural categories and simultaneously transcend them to advocate for the social struggles and transformations of a socio-economic universe un-discernible in relation to its progenitors, in part due to their ideas. What follows attempts to reclaim and evaluate these categories. This colossal task, whether conscious or unconscious, is presented in the book *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina* (2024). However, my critique, offers to competually supercede-reconfigure them from within what I name as the Latin American archi(ve)pelago, based on the concept of possession-in-separation, to restore the importance of social relations for understanding the notion of heterogeneity. The continuity of these aspects, related to the indigenous question, can be seen in my recently published article «Cristóbal Kay and the incompleteness of development and its theories».

Keywords: Celso Furtado, Raúl Prebisch, development, underdevelopment, decolonial.

* Mexicano. Docente-investigador, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Correo-e: carlosmallorquinl@gmail.com

DOI: <https://doi.org/1035533/ecd.1528.cm>

RECIBIDO 13/11/2024

ISSN IMPRESO 2448-5020

ACEPTADO 18/12/2024

ISSN RED CÓMPUTO 2594-0899

A continuación, intentaré describir un archi(vo)piélagos discursivo latinoamericano entretejido a través de las alternativas categoriales para trascender dichas categorías y los problemas teórico-políticos legados por nuestros más importantes pensadores. El examen de un libro publicado recientemente, *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina* (2024),¹ presenta admirables reflexiones sobre dicho archi(vo)piélagos poliforme por definición, al representar cerca de 75 años de discusiones en las ciencias sociales latinoamericanas y del mundo occi-déntrico. Las ideas latinoamericanas en torno al desarrollo y la evolución económica regional evolucionan en un inicio con el cuestionamiento de las arcaicas categorías euroamericanas del siglo XIX, proceso tanto discursivo como institucional —la construcción de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), por ejemplo— posterior a la Segunda Guerra Mundial, que propone acercarnos a observar nuestras «realidades» *desde* la periferia.

El diálogo con los autores del libro se construye al proponer una generación pluscategorial extraordinaria, al invocar las categorías de Raúl Prebisch y Celso Furtado (entre otros), que en ocasiones se confunden con la de sus locutores en el libro, quienes se proponen trascender ciertos desequilibrios en el nivel de las categorías. Se toma la decisión de ir «disolviendo» los aspectos «negativos» del desequilibrio en el nivel de las categorías y se aventura una solución «positiva», sin presuponer la posibilidad

¹ Arturo Guillén, Mónica Meireles, Antonio Mendoza, Matari Pierre, *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 2024, p. 317. Es preciso mencionar también otros textos de reciente aparición: Grondona, A. y Tzeiman, A. (comps.) (2020), Di Filippo (2021), Cárdenas Castro y Lana Seabra (eds.) (2022), Odisio J. y Rougier M. (eds.) (2022), Rougier, M., Odisio, J. (2017) (que ya presenta una versión en inglés).

de un «equilibrio». Como cualquier relato, la evolución discursiva del «estructuralismo latinoamericano» es siempre inconclusa, se transforma a partir de la reconfiguración categorial. Por lo tanto, el pensamiento latinoamericano, lejos de ser un «meta relato», constituye un archi(vo)piélago categorial antagónico al pensamiento euroamericano u occidéntico, de lo contrario sería irrelevante e indefendible.

Anticipadamente, confieso que la estrategia de la «exposición» del contenido y la crítica de los respectivos capítulos conlleva un prejuicio central: el discurso no posee finitud, ni «nacimient» único y mucho menos «universal»; se hace de la generación pluscategorial extraordinaria el mecanismo que explica la mutación y la evolución discursiva, en otras palabras, cobra vida por medio de la transformación-deconstrucción de las categorías y sus objetos durante el proceso evolutivo antagónico del (los) discurso(s) y por tanto de las decisiones políticas de la lucha social. El propio «desequilibrio» en el nivel de las categorías impulsa la generación de los frutos del progreso teórico. La *generación* pluscategorial extraordinaria se realiza mediante una «modalidad enunciativa» (Foucault, 1970), es decir, de los agentes y «actores-autores»,² los cuales otorgan la respectiva dirección a la evolución discursiva. Por otra parte, como se verá, los desenlaces teóricos no están preestablecidos: la «productividad categorial» discursiva o su «profusión», para robarle un término a Pierre (2024:109),³ se

² A través del texto utilizo predominantemente el vocablo «agente» para subrayar que la *actividad*, el acto/acción/autor, no siempre la realiza una entidad «humana», por ejemplo, corporaciones, instituciones, empresas, etcétera. El agente presenta una narrativa y presupone un mecanismo de reconocimiento y toma de decisiones. Sus condiciones de existencia son muy variadas, heterogéneas, lo que hace posible aludir a la heterogeneidad del universo o constelación social productiva: noción estructuralista latinoamericana por excelencia.

³ «El conjunto de corrientes que hemos designado, en aras de la claridad, como TMD, entronca diversas corrientes de pensamiento en ensamblajes que no siempre desembocan en una

materializa a partir de y mediante categorías alternativas durante la lucha por las hegemonías discursivas referidas.

El libro *Trayectorias...* ofrece una «Introducción» y cuatro capítulos⁴ que pueden leerse independientemente de cada uno. El primero, escrito por Matari Pierre (2024) es el más amplio en extensión; a su vez, cada uno de los capítulos ofrece al lector una erudición óptima y guía bibliográfica inagotable para futuras disquisiciones. Por lo mismo, exige obligatoriamente debatir con sus autores: por un lado, por razones políticas, para discutir y plantear reformas a las relaciones sociales hoy dominantes que últimamente han generado y ampliado las asimetrías de poder intra-regionales en el propio Sur, y por el otro, académicas, para subsumir o «superar» (si se me permite el uso del término «hegeliano») las narrativas y problemáticas en torno al «subdesarrollo» destacadas en el libro y difundidas por doquier en nuestros centros de estudio.⁵

El relato a continuación se divide en cinco secciones, siguiendo el orden de los capítulos del libro y, finalmente, liberado de la lógica narrativa del mismo, en la sección final: «Por un desacuerdo inconcluso del

teoría sistemática. Nuestra reconstrucción considera algunas hipótesis básicas como nodos que unen elementos que confluyen en un mismo lugar, lo que permite visibilizar un tronco común, sin ocultar o minimizar las diferencias y matices entre sus autores» (Pierre, 2024:109).

⁴ «Industrializar la periferia: la crítica marxista al subdesarrollo», de Matari Pierre; «La teoría estructuralista del desarrollo en América Latina: Aportes y enseñanzas», de Arturo Guillén; «Neoestructuralismo, neodesarrollismo y socialdesarrollismo: notas a partir de sus similitudes y diferencias», de Mónica Meireles; «El posdesarrollo: contribuciones y alcances de una crítica al paradigma del desarrollo», de Antonio Mendoza.

⁵ Entre los abundantes textos de las universidades euroamericanas, por lo menos en el idioma inglés, el libro que el lector examinará desautoriza cualquier defensa del prejuicio «malinchista» hoy dominante. Paradójicamente se puede decir que el «desconocimiento» occidéntico es algo «normal»: no leen portugués o español, pero se trata de algo más sustancial, de las asimetrías de poder entre diversas comunidades del saber, de ideas, no de personas o geografías.

estructuralismo latinoamericano», rescato y sugiero los desenlaces teóricos derivados de mi discusión y crítica de las crónicas. Aquí insisto en la necesidad de una transformación categorial extraordinaria, que se encuentra potencialmente inadvertida en el archi(vo)piélago latinoamericano y que acentuaré en las respectivas secciones a continuación. Sugiero que la noción de «heterogeneidad» empieza por repensar el concepto de «posesión-en-separación»⁶ de las condiciones de existencia de los agentes» como el objetivo de las reformas y estrategias de las formaciones económicas periféricas, o de la división social tanto geográfica y tecnológica del trabajo.

En «El pecado original: la «acumulación primitiva»», se subraya que la depurada presentación del marxismo por parte de Pierre, sin sesgos partidistas o «guerras interpretativas» del pasado, no lo libera de los dilemas teóricos que presenta Marx, o sus seguidores. Aspectos conceptuales cruciales en su explicación sobre la «acumulación primitiva» son problemáticos, ya sea en el propio Marx, o de beneficio alguno para deliberar en torno al surgimiento de formaciones económicas en parte dominadas por relaciones sociales mercantiles. Finalmente, la crítica que realiza a la teoría marxista de la dependencia (TMD) («la superexplotación» de Mauro Marini) lo obliga a tomar una decisión categorial e inadvertidamente exhibe una «rigurosidad» maltrecha, ya sea en el propio Marx o en algunos de sus seguidores, tanto para reflexionar sobre la evolución económica regional o la pertinencia de la teoría del valor trabajo para proyectar reformas sociales. Prosigo con una alternativa reformulación e interpretación («Marx: «La ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna») elaborada por González Casanova y los estructuralistas latinoamericanos en

⁶ Las relaciones de «propiedad» («privada» y «colectivas») forman parte, entre otras, de las condiciones de existencia de la posesión-en-separación de los agentes o unidades productivas.

torno a la constitución de los precios, proceso consustancialmente antagónico dadas las asimetrías de poder entre los agentes que hacen redundante una *teoría general* de valor de cualquier signo. La sección que sigue («¿El «subdesarrollo», idea periférica?») expone ciertos límites conceptuales a partir del examen interpretativo de Guillén sobre el estructuralismo latinoamericano y la noción de «heterogeneidad» como un fenómeno «dual», antagónico entre un «sector moderno» y otro «atrasado», lo que prolonga una anomalía categorial presente en nuestros teóricos predilectos. En la parte final del ensayo tomé la decisión proponer que la heterogeneidad y los antagonismos «centro-periferia» son necesariamente infinitos, dentro y fuera de las formaciones económicas, lo que vuelve irrelevante-inoperante la noción de «subdesarrollo», una de las categorías euroamericanas más execrables. En «Antagonismos y desequilibrios a nivel de las categorías estructuralistas» se pretende demostrar la multiplicidad pluscategorial extraordinaria que presenta el archi(vo)piélago latinoamericano, a través de las «corrientes» emanadas del «estructuralismo» discutidas meticulosamente por Meireles, pero cuyos reproches a veces presumen una decisión teórico-política nunca confesada en torno a un discurso esencialmente reformista del «capitalismo» en la periferia. Paradójicamente, por su parte, la presentación del «posdesarrollo» por parte de Mendoza («La discordia cultural del «posdesarrollo»») elude una decisión política acerca de formas de organización social alternativas, al delegar en una cosmogonía comunitaria la tarea de una rebeldía social —huidiza— y el liderazgo de la hegemonía de las transformaciones sociales de la «modernidad-capitalismo» en la periferia, lo que nos recuerda el discurso occidéntico, admirablemente criticado, sobre un devenir teleológico revolucionario. En otras palabras, hace del «posdesarrollo» una estrategia de transformación

categorial extraordinaria cultural, sin especificar el horizonte de las relaciones sociales a reformar.

El pecado original: la «acumulación primitiva»

En «Industrializar la periferia: la crítica marxista al subdesarrollo», Pierre realiza un esfuerzo expositivo titánico —y relativamente bien logrado— en dos sentidos: por un lado, porque intenta exponer una narrativa que cubre un siglo (Pierre, 2024:23-112), o de las ciencias sociales occidentricas en torno a la problemática de lo que llama el «subdesarrollo» al subrayar la vertiente «marxista» y culminar con el debate referente a la «teoría marxista de la dependencia» (TMD) en la década de 1970 (Marini); y por el otro, por medio de una exposición discursiva nada «embustera»: se despliegan los episodios de la evolución discursiva (la teoría de la modernización, el pensamiento ortodoxo o teorías del crecimiento, el pensamiento de Marx y subsecuentes «marxistas») sin interrumpirla desde alguna postura crítica, potencial y existente en la época o retroactiva. En otras palabras, con excepción de dos episodios (la pertinencia de la noción de «acumulación primitiva» y su crítica a la TMD que se examinará más adelante) Pierre ofrece una presentación diáfana de la narrativa, purificada de intervención crítica de cualquier tipo: el lector recibe las ideas y la época sin los dilemas potenciales de una digresión categorial discordante.

Ofrece, no obstante, alternativas teóricas a partir de Marx y Engels que, según nuestro locutor, exhibía limitaciones por la época para comprender el dominio del «mercado mundial». Es decir, es «ambivalente» (Pierre, 2024:108): los efectos de la industrialización en la periferia y su

subdesarrollo, son consecuencia, por un lado, de una *insuficiente explotación*, y por el otro, los «frenos» inducidos por el «imperialismo». Para Wallerstein, una vez que el sistema mundial reviste un carácter capitalista, las relaciones que muestran ciertas semejanzas formales con las relaciones feudales deben ser necesariamente redefinidas en términos de los principios que gobiernan un sistema capitalista, tanto para el mecanismo de la *encomienda* de la América española como para el llamado segundo feudalismo de la Europa oriental.

Ahora bien, la lógica de la exposición tiene un objetivo central, reconstruir la genealogía teórica e institucional para explicar la aparición de la TMD y las razones de su ocaso. En la fase narrativa final el autor avanza un punto de vista divergente, no obstante la diversidad y pluralidad discursiva discutida, efecto de la generación pluscategorial extraordinaria correspondiente al archi(vo)piélagos discursivo dependentista (tanto «estructuralista» como marxista).

Por primera y última ocasión el lector del libro encarará el vocabulario «marxista» sobre la evolución social (Lenin, Bukharin, Hilferding, Haya de la Torre, Mariátegui, Mella, etcétera); los capítulos restantes del libro profundizarán formaciones discursivas de la época actual. La trayectoria de la narrativa elaborada por Pierre insiste en repasar la evolución económica a partir de Marx.

La germinación, mutación, evolución de las relaciones sociales previas y «capitalistas», en el caso de Inglaterra, además de hegemonizar la constelación de las diversas formaciones económicas «precapitalistas», «arcaicas», «subdesarrolladas», de la época (¿«mercado mundial?»), reemplazarán y erradicarán las formas «tradicionales» de producción (o modos de producción precapitalistas). Esta fuerza motriz «externa» a las formaciones

económicas arrasaría («disuelve») con las respectivas relaciones sociales de producción y de vida: se universalizarían las formas mercantiles de producción («Todo lo sólido se disuelve en el aire», Marx *dixit*).

Entre la diversidad de objetos discursivos del capítulo y potencialmente contenciosos por la pluralidad categorial mencionada, opté por problematizar, por un lado, la TMD de Marini ofrecida por Pierre, sustentada en la noción de la «superexplotación»; y por el otro, la perseverante figura conceptual de «la acumulación primitiva» a lo largo del texto, la cual se torna obsoleta si el «método de control del trabajo» y las *diversas* relaciones sociales, que inciden en la producción e intercambio de bienes, no suponen *necesariamente* la desposesión del trabajador respecto de sus medios de producción.

La noción de «acumulación primitiva»⁷ forma parte de la reconstrucción de la transformación social y económica de la formación económica inglesa según Marx. Pierre reitera la pertinencia para descifrar la transición, conformación y dominio del «modo de producción» «capitalista»: esta figura supone el surgimiento y dominio del «capitalismo», que requiere *necesariamente*⁸ la «separación de la mano de obra» del productor respecto de los «medios de producción» para lograr generar los circuitos mercantiles de producción y de intercambio.

⁷ Cabe mencionar que a veces se encuentra traducida como «originaria». Nótese que en opinión de Marini, «la acumulación originaria, no basta postularla como una fase general del desarrollo capitalista en la región (...) es indispensable distinguir la que se realiza por y para el capitalismo central en los siglos XVI y XVII, de la que tiene lugar en el siglo XIX (...). No hacerlo implica, muchas veces, plantear un suerte de acumulación primitiva permanente» (1993:78).

⁸ Digo necesariamente porque es este aspecto teórico el que cuestionaré más adelante para pensar la evolución de una serie de relaciones sociales (heterogéneas) que hacen posible la producción e intercambio de productos, noción central en el pensamiento estructuralista.

Sin embargo, «la acumulación primitiva», construida por Marx, que estipula el proceso y periodo («el pecado original») cuando se exhibe la *separación* del productor respecto a los medios de producción en Inglaterra, y momento clave para pensar el surgimiento del «capitalismo» (aquí Pierre dice siempre «industrialización»), puede estar equivocada (Tribe, 1981).⁹ La supuesta vigencia y la evolución de la transformación de la agricultura en Inglaterra para la época durante los siglos XV y XVI, en referencia y pertinencia de la «legislación» («*enclosures*»: delimitación, encerramiento) instaurada sobre la re-organización del campo y las ciudades, más bien refleja la institucionalización de un proceso de la «separación» del productor cuya ejecución antecede al periodo en cuestión.

No obstante, y para los efectos de la teorización de las relaciones sociales («precapitalistas», «coloniales», «poscoloniales»), en América Latina (o geográficamente más allá) es irrelevante por dos razones: *a*) porque dicha figura conceptual es potencialmente una *entre otras* para pensar el «origen» de relaciones sociales que organizan «nuevas» formas de «control del trabajo», o que logran hegemonizar las relaciones sociales de «*posesión-en-separación*»¹⁰ entre diversos agentes de ciertas de sus condiciones productivas y de intercambio; y *b*) porque es el propio Marx quien

⁹ Al respecto, Furtado plantea: «Sucede, sin embargo, que la acumulación sin que el productor fuera separado de los medios de producción tuvo una larga historia, alcanzando ocasionalmente niveles elevados y conociendo periodos de *retroceso*» (Furtado [1976] 1978: 54, nota a pie de página, cursivas mías).

¹⁰ La pertinencia de utilizar esta expresión se expondrá más adelante, suficiente por ahora mencionar que no requiere la oposición entre nociones de propiedad «privada» *versus* la «colectiva» sobre los medios y las condiciones de producción, ya que tanto una como otra otra presentan mecanismos sociales en las que la «posesión-en-separación» de ciertas condiciones de existencia de la producción y su circuito no son generales, se requieren examinar los aspectos institucionales particulares.

se encarga de cuestionar ese mecanismo como «universal» al advertir la posibilidad de «camino alternativos» en el contexto histórico ruso y sus discusiones con los «populistas rusos». Para entonces, Marx está intentando repensar el universo intelectual etnocentrista occidéntico y de hecho niega haber construido «una filosofía del fatalismo universal del capitalismo» (Pierre, 2024:53). Cabe mencionar que dicho episodio del relato de Pierre en torno a la relación de Marx y los «populistas rusos» es singular porque a nota de pie de página¹¹ intenta disuadir al lector de las «fantasías» de quienes proponen que las relaciones sociales de los campesinos eran «colectivas».

Este giro abrupto en la narrativa es *congruente* si el objetivo es disuadir al lector de lo que su propia pluma desplegó (Pierre, 2024:53) con la incalculable bibliografía ofrecida acerca de la «transición» hacia el capitalismo, o proceso de integración al «mercado mundial» por parte de las formaciones económicas de la región latinoamericana, «pre» o «poscoloniales» y que de hecho presentan características teóricas «fantasiosas».

Al utilizar la noción de «feudalismo», u otras categorías en torno a las relaciones sociales («precapitalistas», «proyecciones capitalistas», «arcaicas», etcétera), con la intención de señalar la existencia de diversas formas de «extracción de plusvalía» o «control del trabajo» para la respectiva organización productiva, así como del «capitalismo» pasado o actual, la narrativa de Pierre ofrece apoyo implícito, si no explícito, en aras de pensar la noción de la «heterogeneidad» de las relaciones sociales, «pre o poscoloniales». Implícitamente las concepciones etnocéntricas del imaginario euroamericano sobre los supuestos generales de una «totalidad mundial

¹¹ Nota a pie de página 78 (Pierre, 2024:53).

capitalista» o la «integración al mercado» ocupan un lugar secundario. En otras palabras, las abrumadoras disquisiciones históricas ofrecidas acerca de las relaciones sociales en la región desde la colonización dan muestra de los desequilibrios en el nivel de las categorías de la formación discursiva marxista y su contigüidad discursiva al archi(vo)piélago occidéntico. Por último, no debe olvidarse la «disuasión» y la «expulsión» de ilustres historiadores de los partidos comunistas por albergar narrativas sobre la evolución regional que «trastocaban» las categorías «marxistas» al respecto.

Marx: «La ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna»

Aprovisionado, histórica y teóricamente, Pierre relata la «profusión» discursiva en torno a la TMD y finalmente propone sus críticas a la misma. Antes de continuar, cabe mencionar que ni Marini y menos Pierre arriesgaron sugerir que tal vez se trate de una lectura *sui generis*, o crítica de Marx desde la periferia sobre la lógica y las relaciones entre el valor de la fuerza de trabajo necesario y el plustrabajo. Según Pierre:

La crítica marxista dependentista reformuló el análisis del carácter de las estructuras económicas, de las clases sociales y de los estados correspondientes. Los dependentistas supeditaron la caracterización de este triple proceso —económico social y político— al modo de inserción de cada país al mercado mundial. Este enfoque reúne diferentes análisis que reducen los sistemas de trabajo existentes a tantos elementos de un capitalismo precoz, colonial, en América Latina (2024:110).

Pero el «ocaso» de la noción de «dependencia» a la Marini,¹² es consecuencia, según Pierre, de las características que se otorga al concepto de «superexplotación». Marini insiste en que la «explotación» de la mano de obra en la periferia presenta una característica «extraordinaria», se trata del mecanismo *dominante* para la extracción del plustrabajo en las formaciones económicas periféricas. La «superexplotación»¹³ se convierte en su *modus vivendi*, lo que permite a las unidades productivas compensar su menor grado productivo y hacer frente a sus pares en el centro «capitalista»

¹² La dependencia, ya sea el «dominio» o poder asimétrico, que presentan los gobiernos y formaciones económicas entre sí, genera finalmente el proceso de un «intercambio desigual» según la apreciación marxista. En cambio, Cardoso y Faletto (1978) impugnaban esa narrativa, pero «internalizaban» la causalidad externa a través de las diversas «clases sociales» y sus interrelaciones con el capital foráneo. Por su parte, Dos Santos suponía de manera explícita una doble causalidad o determinación para explicar la «situación de dependencia» en los países subdesarrollados, pero en esta última acepción existe un juego de palabras entre la «condicionante general» y la «situación condicionada», la que aparentemente resuelve el *impasse* sobre si la causalidad externa es o no determinante, e incluso hasta qué punto no lo es, ése es un ámbito que queda indeterminado teóricamente; es precisamente esta noción de causalidad la que Furtado está intentando desplazar, es decir, la dicotomía externa/interna: «La dependencia —subraya Dos Santos— es una situación en la cual un cierto grupo de países tienen su economía condicionada por el desarrollo y expansión de otra economía a la cual la propia está sometida. La relación de interdependencia entre dos o más economías, y entre éstas y el comercio mundial, asume la forma de dependencia cuando algunos países «los dominantes» pueden expandirse y autoimpulsarse en tanto que otros países «los dependientes» sólo lo pueden hacer como reflejo de esa expansión, que actuar positiva y/o negativamente sobre su desarrollo inmediato. (...) La dependencia condiciona una cierta estructura interna que la redefine en función de las posibilidades estructurales de las distintas economías nacionales. En este sentido, podemos decir que estas economías nacionales, si bien no condicionan las relaciones de dependencia en general, delimitan cuáles son sus posibilidades de expansión, o mejor, las redefinen a nivel de su funcionamiento concreto» (Dos Santos, 1983:305-307). Concerniente a la evolución de la definición en Dos Santos (1970), véase Cristóbal Kay (2021), quien ha desarrollado una explicación interesante.

¹³ Creo que se puede decir que en Marx aparece como una eventualidad «extraordinaria», un fenómeno transitorio, la propia «competencia» e igualación de la tasa de ganancia erradicará su existencia.

durante el transcurso del intercambio comercial al transferir fuerza de trabajo («intercambio desigual» de fuerza de trabajo abstracta). Marini, en boca de Pierre, dice: «La intensificación del trabajo, la prolongación de la jornada de trabajo y la expropiación de parte del trabajo necesario son todos mecanismos que «significan que el trabajo se remunera por debajo de su valor y corresponden, pues, a una súper explotación del trabajo» (2024:103).

Pierre introduce a la crítica del debate acerca de la «superexplotación» lo que considera una ausencia teórica en Marini: «Los modos particulares de reproducción de la mano de obra» (2024:105).¹⁴

Si la noción de la superexplotación *supone* otros «modos» de organización («control del trabajo») para la extracción del plustrabajo, que de acuerdo con Pierre no son «salariales» («poscoloniales», arcaicos, cuasi feudales, etcétera), el mecanismo postulado por Marini como el «mecanismo estructural» de la acumulación y el de la superexplotación podría extinguirse con la generalización o universalización de la «mano de obra asalariada»¹⁵ en las formaciones económicas. Los diversos mecanismos «precoloniales o coloniales»¹⁶ de organización del proceso de trabajo y las respectivas «remuneraciones», implícitas si no explícitas, desarrollados desde el punto de vista de Marini no tomaron en cuenta, según Pierre, las condiciones de existencia de la reproducción de los agentes que realizaban las labores, debido a que dichas necesidades quedaban en «manos» («poseídos en separación») de los agentes: sus «formas de existencia social»

¹⁴ Las «condiciones de reproducción de la mano de obra» (Pierre, 2024:106).

¹⁵ A nota a pie de página el autor habla de la «mundialización del trabajo asalariado» (Pierre, 2024:106).

¹⁶ Nótese la posibilidad teórica de pensar una gran variedad de relaciones sociales productivas, de formas de *posesión-en-separación* intra y extra proceso de trabajo de las condiciones de existencia de diversos agentes productivos.

las realizaban por cuenta propia. En la medida en que la organización del trabajo «precapitalista» y el «sector» productivo exportador quedaban desligados de aspectos relacionados con las condiciones de existencia de la «reproducción de la mano de obra» (Pierre, 2024:105), el mecanismo de la «superexplotación» podía examinarse a partir de la prolongación o la ampliación de la diferencia entre la fuerza de trabajo necesaria y el plus-trabajo procedente de los «frutos» de la superexplotación:

Un modo de producción no se diferencia solamente por la modalidad de explotación del trabajador, sino también por la manera en que el trabajador reproduce sus condiciones de existencia. Derivado de lo anterior, la hipótesis de una superexplotación implica que una parte del trabajo necesario se lleva a cabo *al margen* de la relación asalariada. De este modo, la presencia de formas de producción domésticas (de propiedad individual y/o colectiva) es la condición *sine qua non* para poder considerar la superexplotación un mecanismo estructural de la acumulación en el sentido de Marini. En cambio, a partir del momento en que el trabajador es un proletario que sólo posee su fuerza de trabajo, el mantenimiento de un régimen de superexplotación significaría una extenuación y, a la larga, una extinción progresiva de la clase asalariada. La superexplotación en el sentido de Marini es inconcebible en condiciones capitalistas desarrolladas, plenamente asalariadas (Pierre, 2024:105-106, cursivas mías).

Sin duda, Pierre elabora una crítica *sui generis*, pero la misma supone conceder dos aspectos teóricos problemáticos del argumento: el universo económico es «finito». Por un lado, las «condiciones de reproducción de la mano de obra alternativos» están acotados; y por el otro, las actuales relaciones sociales de posesión-en-separación son eternas y sin alternativas

organizativas para «intercambiar» y producir bienes en términos «mercantiles». No creo fantástico sugerir que las masas populares de las ciudades «favelas» puedan ocupar el lugar categorial análogo al que Pierre otorga al ámbito («al margen») «doméstico» «precapitalista» para pensar la reproducción de la mano de obra. El problema central teórico-político contemporáneo o el de periodos históricos coloniales o «poscoloniales» es la trama de la división técnica, social y geográfica del trabajo, la gran variedad de las constelaciones productivas, de agentes (*campesindios*) (Bartra, 2008) que, simultáneamente, laboraban en unidades productivas con remuneración por medio de moneda/productos, o formaban alianzas de aparcería entre sí que podían convertirse a su vez en bienes para intercambiar o vender. En otras palabras: la posesión-en-separación de las condiciones de existencia de la diversidad de las unidades productivas son heterogéneas, algunos agentes únicamente poseen en separación su mano de obra; otros, poseían en separación varios espacios agrícolas, que requerían alianzas productivas con agentes contiguos, y algún mecanismo de retribución (bienes, moneda, «tequio», «prestaciones», etcétera). A su vez, la posesión-en-separación de sus condiciones de existencia suponía «contratos»: «arreglos», «tradiciones», «permisos» de hacer uso del agua, caminos, aspectos poseídos en separación por el «terrateniente» o ámbitos de la propia «colectividad». Lo que se observa son aspectos del «control del trabajo» que el estructuralismo latinoamericano avanzó al proponer la noción de heterogeneidad y al anular la idea «fantástica» de la «descampesinización» del «campo» («mundo rural», dice Pierre, 2024:107).¹⁷ La propia «heterogeneidad» disuelve la idea de una totalidad agrícola o de

¹⁷ Según Pierre, durante «la acumulación primitiva en el mundo rural (...) desapar[ecen] (...) las formas domésticas de producción» (Pierre, 2024:107).

otra índole a la orden de algún principio general: imposible en un universo cuyos agentes productivos poseen en separación variados aspectos de sus condiciones de existencia,¹⁸ o sea, un universo a su vez heterogéneo. Por ende, las formaciones económicas, tanto en el centro como en la periferia (con sus respectivos centros y periferias), presentan una heterogeneidad congénita; mencionar el vocablo de «capitalismo» es inoportuno e inútil. Por ejemplo, recientemente la evolución del desarrollo, es decir, la transformación de la división del trabajo técnico-social y geográfico, presenta mutaciones en ciertas zonas habitadas por los zapatistas: el vocabulario sobre la posesión-en-separación del uso de la tierra hace referencia especialmente a la noción de una «ausencia de propiedad» (Subcomandante Insurgente Moisés, 2023; Barkin y Villaseñor, 2022),¹⁹ por otro lado, la extensión geográfica en el país organizada bajo la figura del «ejido»²⁰ se ha ampliado a pesar de las reformas constitucionales del 6 de enero de 1992.

Si el objetivo discursivo es intentar rescatar la teoría del valor-trabajo de Marx, al despachar como incoherente la lectura de Marini, la «superexplotación» puede re-incorporarse al léxico dependentista mediante la atractiva reconstrucción ofrecida por Pablo González Casanova. Al respecto, en 1968,²¹ en el «150 aniversario del nacimiento de Carlos Marx»

¹⁸ Incluso en un esquema supuestamente plenamente «socializado» (¡Dios nos libre!), el «plan» posee en separación las condiciones de existencia de las unidades productivas y la lucha por su constitución reproduciría la heterogeneidad por medio del reconocimiento de varios tipos de «propiedad» u organización: estatal, cooperativas, «individual».

¹⁹ La posesión-en-separación de las condiciones de existencia entre las unidades productivas está constituida «políticamente» a través de las tradiciones o cosmogonías de sus ocupantes.

²⁰ Ana de Ita sintetiza: «El número de ejidos y comunidades aumentó y pasó de casi 30 mil, a 31 mil 500, mientras su superficie creció en más de 2.6 millones de hectáreas para alcanzar 106 millones de hectáreas, más de la mitad del territorio del país» (2022).

²¹ Ese año salió a la luz la reseña de Marini al texto de González Casanova *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. Marini explica: «En cualquier

(González Casanova, 1969:3) escribió el ensayo principal cuyo título homónimo confiere el nombre al libro: *Sociología de la explotación*, previo a la *publicación* de la obra clásica de Marini, *La dialéctica de la dependencia*.²² En el «Prólogo» a la segunda edición en 2006 de *Sociología de la explotación* precisa su postura de la época:

Aquí el embate original del libro era contra los marxistas deterministas, que ya anunciaban el despenadero y muerte de [sic] sistema como si éste no fuera a «reaccionar». También era contra los «dependentistas» que no le daban a la «ley del valor» y a la necesaria explotación que acompaña al colonialismo y la dependencia la enorme importancia que tienen para explicar lo que ocurre en la periferia y el centro del mundo. La contextualización de p/v en los distintos subconjuntos de lo que más tarde se conocería como el «sistema-mundo capitalista» apareció vinculada a las alteraciones que en el mismo producen distintos «factores» como la tecnología y la estratificación social (...) La fórmula de Marx p/v, ya de por sí planteaba una relación compleja en varios sentidos. Era una relación interactiva y que no sólo se entendía registrando los distintos factores y actores que alteraban su numerador o su denominador, es decir su dinámica y dialéctica originales» (González Casanova, 2006:14).

caso, el aceptar con la misma disposición de ánimo dos esquemas tan opuestos en sus implicaciones teóricas y metodológicas ¿no constituye una pretensión de objetividad absoluta en el marco del debate en que se da la obra, y, por tanto, una *indefinición de posición?*» (1968:120, cursivas mías).

²² Subrayo *publicación* debido a la circulación previa del manuscrito de *La dialéctica de la dependencia* (1972), así como *Subdesarrollo y revolución* (1969), entre los «dependentistas» y el «cuarteto» del que formaba parte Marini (Vania Bambirra, André Gunder Frank, Theotonio dos Santos) (véase: Kay, 2021, y Cárdenas Castro y Lana Seabra, 2022).

Vale la pena proseguir con González Casanova para subrayar la lógica *equivoca* que puede presentar la evolución en la organización del «control del trabajo» o de la «tasa de explotación». Sin subscribir la teoría de valor trabajo, el estructuralismo latinoamericano asumió en parte el dilema ético-político de la asimetría de poder de la relación salarial («justi-precio», Prebisch *dixit*), así como su reforma; la postura de Marini sobre la tasa de explotación en la periferia («superexplotación») es sencillamente *una intensidad potencial* entre distintos regímenes laborales debido a la heterogeneidad estructural económica o la disímil «composición orgánica» existente.

Parafraseando a González Casanova: la tasa de explotación ($TE = p/v$) definida en términos de la evolución del cociente p/v ($p = \text{plusvalor}$, $v = \text{valor de la fuerza de trabajo}$), ya sea de las *unidades productivas* o las del *universo social*, puede presentar una lógica *indeterminada*, por ejemplo, en el caso de que el valor de la fuerza de trabajo (el denominador = v) decline, se reflejarían los «factores» que inciden en componer sus condiciones de existencia y que pueden empeorar la tendencia. Por otra parte, se puede mantener constante el mecanismo de «extracción» (el numerador = p), es decir, no es necesario suponer que el mecanismo de «extracción» (el numerador = p) presente alguna «mejora» tecnológica, o «progrese» con la permuta de un burro por un tractor, «ampliando» el rango del tiempo entre el trabajo necesario requerido para la reproducción de la fuerza de trabajo y el dedicado a la «extracción» del «plusvalor». Efectivamente, existen varias posibilidades de organización, constitutivamente antagónicas, entre los agentes en cuestión para analizar la evolución del «producto» del cociente: para ello deben observarse los «factores que influyen en el cambio de p y v » (González Casanova, 1969:54). En su clásico libro

Sociología de la explotación, a partir de la fórmula canónica p/v , aparecen unas 20 «disyuntivas»²³ y que podrían incluir tanto la postura de Marini²⁴ como la de Pierre sobre «los modos particulares de *reproducción de la mano de obra*» (Pierre, 2024:105, cursivas mías).

Una lectura radical de Marini acerca de la «superexplotación» sugiere que el «equivocado» fue Marx y la «economía política clásica» al haber postulado la existencia de un mecanismo de «intercambio» entre «cazadores de castores y venados» con base en el tiempo de «trabajo» realizado, y más adelante, el supuesto de la existencia de una regulación o principio general del valor («fuerza de trabajo socialmente necesaria», ¿tiende hacia el equilibrio?),

²³ Creo que es suficiente mencionar esas alternativas, una apreciación más crítica de las fórmulas, o de la tasas de explotación p/v , reducirían su número; por ejemplo, estrictamente hablando, «regiones» y «países» no *explotan* a otras: la tasa de explotación ($TE = p/v$: TE = tasa de explotación; p = plusvalor; v = valor de la fuerza de trabajo), se calcula a partir de los agentes en términos de la posesión-en-separación de sus condiciones de existencia y el correspondiente antagonismo. Existen asimetrías de poder y «dominio», e incluso fuerzas imperialistas estatales expansionistas, pero no de *explotación*. La presencia o no de un «deterioro de los términos de intercambio», entre sectores, y «naciones» tampoco está predeterminada. Por lo mismo, el estructuralismo latinoamericano cuestiona la noción dependentista o marxista de un «intercambio desigual», ello supondría que los «intercambios», «transferencias», «desiguales» reflejan una sustancia idéntica, que el marxismo lo asume esencialmente como «fuerza de trabajo abstracto». En el «Prólogo» en 2006, a la segunda edición de su libro (*Sociología de la explotación*) González Casanova advierte que no se pueden sumar «peras con manzanas», su acento en lo «monetario», presenta un fruto del progreso teórico, aunque insuficiente: «Es cierto que las formalizaciones matemáticas por momentos parecen no conducir a ningún lado. Pero incluso cuando resulta tediosa su lectura ayudan a precisar el carácter desigual de la explotación y de las mediaciones a las luchas de clases y a las luchas de liberación. Si nadie va a interesarse en aplicarlas al cálculo de la tasa de explotación ni es posible esto sin la mediación del *dinero* y el cálculo siempre aproximado y su estimado de las transferencias de excedente, en cualquier caso sí contribuye a confirmar que la explotación subsiste en medio de todas las variaciones empresariales, institucionales y regionales, formales e informales» (González Casanova, 2006:14,18, cursivas mías).

²⁴ Una organización laboral en la que a la fuerza de trabajo se la «gratifica», se la «estafa», sistemáticamente por «debajo» de su valor», es decir, la v en cuestión ($TE=p/v$).

o una tasa de ganancia general a partir de la cual cada capital recibe su parte «alícuota» de fuerza de trabajo abstracta. Obviamente al asumir dichas consecuencias teóricas la noción de una «ley del valor» quedaría disuelta: la «extracción» del plusvalor relativo o absoluto no podría *universalizarse*. En otras palabras, la propia constitución de «precios» o «valores» entre los agentes en cuestión impone un análisis específico de las respectivas asimetrías de poder y del antagonismo entre los agentes en cuestión.

Puesto que el proceso mediante el cual se puede calcular la tasa de explotación ($TE=p/v$) es consecuencia de una serie de luchas y negociaciones (suponiendo el uso de categorías *monetarias*), la potencial presencia de diversos «Marx», hace imposible una disputa teórica antagonica *en general versus* la propuesta de Marini. Si tanto la «explotación» o la «superexplotación» pueden especificarse en torno a un análisis de «la manera en que el trabajador reproduce sus condiciones de existencia» (Pierre, 2024:105) (digamos, «educación», «salud», «transporte» «recreación», etcétera), entonces, para el caso en discusión, sigue vigente el proyecto político para reformar y reconstruir las condiciones de existencia del «asalariado» planteado por los estructuralistas latinoamericanos.

Se mencionó antes que cada autor, en sus respectivos capítulos, da cuenta de la inagotable pluralidad discursiva que *antecede* al (los) objeto(s) de sus respectivos propósitos: el «pensamiento ortodoxo en economía», la «teoría de la modernización», «el funcionalismo», narrativa dominada por una teleología desvergonzada: de hecho el *símil narrativo* «euroamericano» («Al principio, todo el mundo era *América*», decía John Locke) (Meek, 1976:22, mi traducción) fue el blanco del estructuralismo latinoamericano (Prebisch, Furtado, entre otros); sin embargo, los frutos del progreso teórico presentan desequilibrios en el nivel de las categorías que

deben subsanarse. La sección final («Por un desacuerdo inconcluso del estructuralismo latinoamericano») aborda una posible propuesta teórica alternativa desde el pensamiento latinoamericano.

¿El «subdesarrollo», idea periférica?

El uso y presencia de la categoría «subdesarrollo» surge a lo largo del libro; entre los autores, Arturo Guillén es tal vez el más cuidadoso, pues se ampara bajo una cita de nuestro predilecto pensador: «El subdesarrollo no constituye *una etapa*» (Furtado, 1974:175, en Guillén, 2024:151, cursivas mías). Sin embargo, la disolución de las consecuencias teóricas negativas de la noción de «subdesarrollo» apremia rehuir los aspectos «tecnológicos» de la misma, lo que acentúa la organización de las relaciones sociales, las «asimetrías de poder», los antagonismos, siempre relativos, siempre en transformación, entre naciones, regiones, formaciones económicas, centros y periferias,²⁵ los cuales no siempre fueron puntualizados por Furtado (como se verá más adelante). Desafortunadamente, «pagamos justos por pegadores» por las manifestaciones de André Gunder Frank, reflejadas en las palabras de Pierre: «El subdesarrollo del Sur (...) era el resultado del desarrollo del Norte» (2024:83).

En «La teoría estructuralista del desarrollo en América Latina: Aportes y enseñanzas», Arturo Guillén (2024) subraya la «originalidad»²⁶ de

²⁵ Pierre (2024:31) presenta la aparición del uso de las categorías «centro-periferias» en la obra de Werner Sombart, en 1927, cuyos vocablos se presentan en Prebisch a partir de 1921: las *periferias* también tienen sus propios centros y periferias (Prebisch, 1991:149).

²⁶ Guillén cita a C. Kay (1989), uno de los mejores libros al respecto trágicamente nunca traducida al español.

la narrativa desarrollista latinoamericana posterior a la Segunda Guerra Mundial, la cual «romp[e]» (Guillén, 2024:132) con el pensamiento imperialista occidéntico. Transformación que se realiza a partir de una serie de héroes intelectuales, principalmente R. Prebisch, C. Furtado, J. Noyola (entre otros), cuyas intervenciones en el relato se ven acompañadas de la descripción de la evolución de sus respectivos vocabularios. No obstante, la polifonía en cuestión, la coronación de una formación discursiva, denominada el «estructuralismo latinoamericano» proveída por Guillén presenta cierta estabilidad en el nivel de las categorías dado el ángulo interpretativo, siempre que prescindamos de la *extraordinaria* contigüidad categorial que establece entre dicha perspectiva sobre la inflación y las políticas económicas ortodoxas, denominadas como el Consenso de Washington.

No obstante, como ya se ha mencionado, una estrategia *teórica alternativa*, es posible tomando en cuenta los «desequilibrios» en el nivel de las categorías presentes en la narrativa de dichos pensadores, así como una regeneración pluscategorial extraordinaria del «estructuralismo latinoamericano». El capítulo reseña un historial de la evolución del pensamiento de Prebisch, así como el de Furtado, donde se resaltan las formas económicas y la organización productiva regional, para dar sustento a la «victoria» *teórico-política* sobre el proyecto de «industrialización» propugnado en el texto clásico escrito por R. Prebisch en 1949: *El manifiesto latinoamericano*.

Guillén está convencido de que el «estructuralismo» en materia de política económica para el desarrollo y la industrialización emerge en dicho texto, aunque también puntualiza la propia evolución de la generación pluscategorial extraordinaria de Prebisch previa a la década de oro

de la Cepal 1950-1964 cuando está al frente del organismo internacional. En otras palabras, aunque concedamos por ahora, que Prebisch puede denominarse «estructuralista», precisamente en el sentido desarrollado por Guillén en el capítulo, entrevé que el «estructuralismo» no nace de un día para otro, sin previa evolución pluscategorial extraordinaria. De hecho, no deja pasar la oportunidad de aclarar al lector que el antagonismo «centro y periferia» ya había aparecido en el vocabulario de Prebisch en 1921, en un contexto institucional teórico plural insólito²⁷ de la Facultad de Economía de Buenos Aires donde estudió. Debatía a los 18 años sobre el «costo de vida», nada menos que con J.B., el primer traductor al español del *El capital* y líder socialista, cuyo desenlace inhibió su original intención de afiliarse²⁸ al Partido Socialista, aunque siempre votó por el partido en Argentina.

En el «manifiesto» (Prebisch, 1949b), en materia de política económica, se insistía que la evolución económica de la periferia presentaba una inestabilidad cíclica recurrente, es decir, un movimiento ondulatorio como todo proceso de crecimiento económico, tanto en el centro como en la periferia, manifestándose en una serie de «desequilibrios» contables financieros y económicos negativos en la periferia, obligándola a adaptarse y expectante del ascenso cíclico que presentara las economías del centro.

Un elemento de la formación económica periférica, su elevada dependencia económica en la exportación de materias primas generaba un proceso de regresión y desequilibrios internos durante la «menguante cíclica»: obligando a devaluar la moneda, reduciendo los precios de la materia prima de exportación, con el consabido desequilibrio —casi congénito— de la balanza de pagos y sus consecuencias negativas para los proyectos de

²⁷ Por ejemplo, véase Mallorquín (2013), primer capítulo, Fernández (2008).

²⁸ Guillén (2024:137) propone que se afilió al partido.

gasto gubernamentales en que Prebisch tuvo incidencia en sus años de «juventud». ¿Dónde quedaba el famoso principio regulador del «equilibrio» de Pareto difundido por uno de sus más ilustres profesores Luis Roque Gondra?

En la década de 1930, con un vocabulario categorial específico, una década y media antes de la famosa tesis «Singer-Prebisch»²⁹ sobre el «deterioro de los términos del intercambio» rezaba así: «Empeoramiento en los términos del intercambio comercial» (Prebisch, 1934:189).

La reforma económica y política monetaria en la periferia requería una visión alternativa para navegar las asimetrías de poder del antagonismo centro-periferia. El «manifiesto» propone un modelo de crecimiento alternativo al del siglo XIX: «Crecer hacia adentro». Guillén subraya con mucha insistencia la importancia de «industrializar» la periferia invocando a Prebisch, pero dicha transformación estructural, a diferencia de Celso Furtado, implicaba un proceso y tiempos más cautelosos, de hecho, Prebisch hablaba de los «límites de la industrialización». Paralelamente, con los eufemismos casi obligatorios, su perspectiva, implicaba reformas agrarias, y fiscales en la Periferia, la primera otorgada de manera intermitente y la última sin empeño alguno hasta hoy.

En cambio, la generación pluscategorial extraordinaria en Celso Furtado, resalta la organización agrícola y productiva de una excolonia, cuyos lazos productivos y comerciales, reproducían patrones pretéritos de la división internacional del trabajo, que hacían de la formación económica

²⁹ En Mallorquín (2021) se intenta mostrar que la «prioridad» otorgada al discurso euroamericano vía la autoría de Singer, es insostenible, no es el único desacuerdo generado por las asimetrías de poder del saber; décadas más tarde aparece el mismo infundio con Prebisch como el segundón «ley Thirwall-Prebisch» (López, 2020).

subdesarrollada una fuente de materias primas. Según Guillén, entre la elaboración de su tesis doctoral en 1948 y el texto clásico *Formación económica de Brasil*, en 1959, el análisis de Furtado introduce «el concepto de dualismo estructural, el que varios años después se constituirá en un elemento central del pensamiento estructuralista latinoamericano» (2024:140-141).

El fruto del progreso teórico, con las categorías centrales regeneradas partió desde una narrativa sobre el Brasil. La noción de una entidad definida como «la agricultura de subsistencia»³⁰ por parte de Caio Prado Junior, vegetaba en los límites de la agricultura comercial de exportación, «aunque desarticulada, al azar de las necesidades fluctuantes de los núcleos urbanos o de minería» (Furtado, 2003:137, en Guillén, 2024:141). La generación pluscategorial extraordinaria elaborada por Guillén contrasta, una entidad cuyo ámbito «estructural» presenta, ya sea una forma «social» o «tecnológica» de subsistencia («arcaicas» en Furtado, 1961) con otra «desarrollada» con fines de exportación: un «dualismo estructural».

De acuerdo con Guillén, sin conocimiento mutuo, Prebisch y Furtado definieron dos categorías clave para la evolución del progreso teórico del estructuralismo:

la relación centro-periferia como la forma de articulación del capitalismo mundial y el dualismo estructural como particularidad de los sistemas productivos de la periferia. Ambos descubrirían que el subdesarrollo no era solamente sinónimo de atraso respecto de los países desarrollados, sino una

³⁰ En Mallorquín (2021) intento subrayar la importancia de superar la noción de «subsistencia» en el agro en la obra de Prado Junior, cuyos desenlaces pluscategoriales potenciales pueden verse en Furtado en su clásico texto *Formación económica de Brasil* (1959).

cualidad diferente, una especificidad del desarrollo del capitalismo en las periferias (Guillén, 2024:141).

Empero, más adelante Guillén (2024), para enfatizar que «el subdesarrollo no constituye una etapa» sino la forma en que la periferia está articulada-dominada por las «economías capitalistas», presenta algo más «complejo» una «coexistencia» de «tres» sectores: «Cuando la economía presenta *tres* [sectores]: uno, principalmente de subsistencia; otro dirigido sobre todo hacia la exportación, y el tercero, con un núcleo industrial ligado al mercado interno» (Furtado, 1974:175, en Guillén, 2024:151, cursivas mías).

El «desequilibrio» en el nivel categorial, no es un equívoco irresoluble, se trata de alternativas teóricas potenciales para intentar prescindir de una concepción euroamericana sobre «las etapas» o estadios del «desarrollo». La incorporación de la noción de las asimetrías de poder centro-periferia es bienvenida, pero difícilmente puede ser análoga al de la «dualidad» productiva. Estamos ante un importante «desequilibrio» en el nivel de las categorías irresuelto en el estructuralismo latinoamericano y en el propio Furtado lo que requiere una metamorfosis pluscategorial extraordinaria.

Si revisamos la categoría de «subsistencia» conlleva simultáneamente, por un lado, un «ámbito» productivo, y por el otro «insuficientemente» desarrollado, lo que exhibe el dominio de la *ausencia* de teorización sobre sus condiciones de existencia: mejor dicho, las relaciones sociales de posesión-en-separación en cuestión. Ya he mencionado que la evolución y frutos del progreso teórico en proceso, la generación pluscategorial extraordinaria que presenta Furtado, ofrece disyuntivas que hay que aprovechar al resaltar el «desequilibrio» categorial mencionado. Como se adelantó arriba, el capítulo de 1961 (Furtado, 1961:171) apunta «estructuras arcaicas»

donde se dirá «economías precapitalistas» (Furtado, 1974:175). En el texto de 1967 se señalan *indistintamente* un ámbito «productivo» (digamos subsistencia),³¹ grado «tecnológico» (el burro *versus* el tractor) y *las relaciones sociales* de producción de su organización, es decir, la posesión-en-separación de las condiciones de existencia de las unidades «productivas» en cuestión. Furtado ofrece una aclaración:

Para una presentación esquemática del subdesarrollo, llamaremos sector *avanzado* a aquel en el que penetró ya la tecnología moderna, pudiendo ser externo o interno su mercado. Al restante lo llamaremos sector *atrasado*, y la primera condición para que haya *desarrollo* es que aumente la participación del sector avanzado en el producto global (Furtado, 1974:179, cursivas del autor).³²

³¹ Furtado distingue entre la agricultura de «subsistencia» y la «comercial» basada en la «destinación» del «producto»: «que puede ser utilizado directamente por aquellos que lo producen o insertarse en los circuitos comerciales dando origen al excedente agrícola *in natura*. En la *misma* explotación agrícola pueden coexistir las dos formas de agricultura. Allí donde la producción destinada a la subsistencia representa la mitad o más de la producción total, estamos efectivamente frente a una *agricultura de subsistencia*, que es, casi sin excepción de tipo *tradicional*. La agricultura efectivamente comercial es aquella en que las tres cuartas partes del producto, o más, se destinan al mercado. Esta agricultura comercial puede ser *tradicional* o *moderna*» (Furtado, 1967 [1974]:194 subrayados por el autor).

³² «El hecho de que los mayores obstáculos a la eliminación del subdesarrollo se presenten en el sector agrícola constituye una simple indicación de que esa liquidación implica una transformación global de la sociedad. Es en la observación de las sociedades esencialmente agrícolas dónde se percibe claramente la diferencia entre eliminación del subdesarrollo y desarrollo. Las estructuras subdesarrolladas no se desarrollan: son sustituidas por otras con aptitud para desarrollarse. Sin embargo, esta sustitución puede ser parcial, y estructuras arcaicas pasan a convivir con otras aptas para asimilar la tecnología moderna y elevar la productividad del trabajo.(...) allí donde el aumento del excedente se viene realizando sin mayores modificaciones en las estructuras tradicionales, el proceso de industrialización tiende a provocar una creciente heterogeneidad estructural» (Furtado, 1974:191)

A su vez, a nota de pie de página aclara: «El sector *avanzado* puede utilizar técnicas tradicionales de producción; lo que lo caracteriza es su organización capitalista» (Furtado, 1974:179, subrayados del autor), en esta ocasión, el uso del tractor o del burro, puede estar interconectado con diversas *relaciones sociales*. La coexistencia pluscategorial extraordinaria de dichos ámbitos no se resuelve aumentando «modos» de producción» de otras denominaciones:

Lo que interesa señalar es que la agricultura tradicional, con su técnica estacionaria, no es en sí incompatible con el modo capitalista de producción. (...) Coexisten, así, el modo capitalista de producción con el artesanal, representando este último una reserva de mano de obra para el primero. Las condiciones de vida del artesanado agrícola definen la tasa de salario pagada en el sector capitalista. En, este caso, la agricultura artesanal es siempre tradicional, aunque trabaje parcialmente para el mercado, al paso que la capitalista puede ser tradicional, moderna o mixta (Furtado, 1974:196-197).

El riesgo teórico implica una decisión: postular a la heterogeneidad relevándola de connotaciones tecnológicas, cuyas consecuencias pluscategoriales suponen calcular las relaciones sociales que sustentan la posesión-en-separación de las condiciones de existencia de las unidades productivas en cuestión.³³ Tanto entonces como en el presente, la

³³ Por la época, simultáneamente, Furtado exhorta posibles alternativas categoriales a las euroamericanas, a fines del año 1964 sostiene: «Igualmente importante es el hecho de que no estamos preparados para analizar objetivamente a nuestra realidad social. Partimos siempre de estereotipos derivados de generalizaciones con base en otros procesos históricos y procuramos acomodar nuestra realidad a la lógica interna de esos esquemas mentales. Raramente se nos ocurre pensar que podemos estar ante una realidad con características específicas

«heterogeneidad» no personifica algo «transitorio», una «etapa», *versus* una «homogeneización». La evolución teórica obliga reconfigurar la tesis de «los obstáculos» de la ampliación del «capitalismo» debido al insuficiente ritmo de «absorción de la mano de obra» excedente, buscando políticas alternativas para su incorporación³⁴.

No obstante, desde 1966, Furtado en *Estancamiento y subdesarrollo* y otros trabajos, van modelando la *tendencia del estancamiento* con la presencia de «diversas funciones de producción» (P1 al P5), o sectores (Furtado, Maneschi, 1968), por tanto, tal vez inadvertida explícitamente, la heterogeneidad también es un fenómeno «*intra*sectorial»: la diversidad polimorfa, intra o intersectorial,³⁵ situación que impone una metamorfosis de

propias, cuya identificación es indispensable si pretendemos actuar racionalmente sobre esa realidad» (Furtado, 1974:43).

³⁴ «En las actuales economías subdesarrolladas, esto es, donde la tasa de salario depende esencialmente de las condiciones de vida que prevalecen en un amplio sector precapitalista, con respecto a las cuales el progreso técnico se comporta como variable exógena definida por otras economías de grado de capitalización más avanzado, la industrialización en condiciones de *laissez-faire* no conduce al desarrollo entendido este como homogeneización de la estructura productiva y difusión creciente de los frutos del aumento de productividad. Al contrario la industrialización en tales condiciones tiende a generar una *estructura productiva de compartimientos múltiples*, con gran disparidad en la productividad del trabajo entre ellos, sin que tales niveles de productividad influyan de manera significativa en las tasas de salario» (Furtado, 1974:253, subrayados míos).

³⁵ «Distinguiremos el modo artesanal, otros no capitalistas y el capitalista. El modo artesanal consiste en la organización de la agricultura a base de explotaciones familiares. Como el problema de la escala de producción de manera general no se presenta en la agricultura, es normal que la unidad de explotación familiar presente índices de productividad tan altos o más que las explotaciones de grandes dimensiones. Así, el modo de producción artesanal puede persistir cuando la agricultura deja de ser tradicional para transformarse en moderna. El problema es diferente en lo que respecta a otros modos de producción no capitalistas. La agricultura tradicional no capitalista y no artesanal se presenta bajo la forma de grandes unidades de explotación que utilizan la mano de obra fuera del régimen del asalariado. Es el régimen de la *coevée* medieval europea que existe bajo diversas formas en muchos de los actuales países subdesarrollados. El trabajador recibe un pedazo de tierra de donde saca su subsistencia, y paga la renta de esa tierra en días semanales de

las condiciones de existencia de la noción de «heterogeneidad», aspecto siempre «relativo». La «diversidad» (heterogeneidad) de los agentes (Furtado, 1970) en cuestión, se explica a partir de sus distintas condiciones de existencia, aspectos productivos y disposiciones sociales que se poseen en separación, consecuencia de las asimetrías de poder entre sí, aspectos financieros, patentes, permisos, «uso de suelo», extensiones, tasas de ganancias diferenciadas, etcétera.

Por otra parte, la «dualidad estructural», va perdiendo cierto dominio discursivo en la narrativa de Furtado:

la coexistencia del modo de producción capitalista con otros modos de producción no capitalistas, como la agricultura artesanal de subsistencia, en el cuadro del subdesarrollo, esto es, en economías que no pueden ser concebidas fuera de un determinado sistema de relaciones internacionales que engendra el fenómeno de la *dependencia*. La palabra dualismo da lugar a confusión, pues parece sugerir que los dos modos de producción existen en un mismo espacio, pero independientemente uno del otro, o que el sector de atraso tiende *necesariamente* a ser absorbido por el más dinámico, vale decir, el capitalista. (...) Sin embargo, sería erróneo imaginar que la liquidación del dualismo, o sea la transformación total de la mano de obra en asalariados del sector capitalista, sería causa suficiente para hacer desaparecer el subdesarrollo» (Furtado 1967 [1974]:189, subrayado por el autor).

trabajo en la gran explotación agrícola. El régimen de la mediería está a medio camino entre este modo y el artesanal, pues el mediero es responsable de la organización de la producción, debiendo empero pagar la renta de la tierra *in natura*. El mediero que dirige explotaciones de dimensiones mayores y utiliza mano de obra asalariada, se encuadra en el modo de producción capitalista, aunque el pago de la renta *in natura* constituye un vínculo con el modo de producción referido anteriormente» (Furtado, 1974:195). Véase discusión en Mallorquín (2021).

Por lo tanto, encontramos en Furtado, la noción de «capitalismo», un ente «desarrollado», articulado bajo relaciones sociales muy específicas. La aparición de las categorías del «mercado» en colindancia³⁶ con el ámbito de «subsistencia» se convertirá *potencialmente* en la categoría para postular la ampliación de los «sectores» que generan las condiciones de existencia de la heterogeneidad estructural, rebasando la noción de «dualidad» por un polimorfismo estructural: una variación de objetivos «productivos» y formas de articular el ámbito laboral, entidades productivas y laborales desechando la idea de «subsistencia». Simultáneamente, las tendencias *necesarias* del «desarrollo» o del «capitalismo» teleológicas occidentales³⁷ se ponen en entredicho: metas y diversas estrategias políticas reformistas son de igual modo posibles.

La causalidad determinista y «etapista» sobre el subdesarrollo y su evolución va diluyéndose en la narrativa sin algún rescate teórico categorial

³⁶ La «colindancia» no es necesariamente «geográfica», pueden mediar distancias y espacios enormes entre sí, que facilita pensar la existencia del agente (intermediario) que realiza la articulación en cuestión. Pero sobre todo diferenciar «regiones» para comprender la relación antagónica entre el centro y la periferia, en la propia periferia. El discurso sobre el «colonialismo interno» desarrollado inicialmente por González Casanova desde 1963, reflexiona al respecto en términos de «explotación». Como se ha señalado, el *dominio*, las asimetrías de poder, entre regiones (centros-periferias, países; periferias y sus periferias), por lo general puede presentar un «deterioro de los términos de intercambio» de la periferia en cuestión. Sin embargo, la relativa heterogeneidad social-productiva puede *transformarse-reformarse* a partir de mecanismos compensatorios, subsidios de toda índole: recuérdese la lucha de Furtado por transformar el nordeste brasileño (periferia) *versus* el dominio del centro-sur (centro).

³⁷ «Puesto que el desarrollo se caracteriza por un crecimiento más que proporcional del empleo no agrícola cabría deducir que la agricultura tradicional es incompatible con todo desarrollo económico, ahora bien, la realidad nos señala innumerables casos de países en que la industrialización y la urbanización se apoyan fundamentalmente en una agricultura de tipo tradicional; la tesis de que a todo desarrollo industrial corresponde un previo desarrollo agrícola no parece corresponder a la realidad histórica, si se entiende como desarrollo agrícola el paso de la agricultura tradicional hacia la moderna» (Furtado, 1974:198).

alternativo. Además, el consenso sobre la noción de centro-periferia hoy hegemónica puede cuestionarse si la narrativa sobre las formaciones económicas periféricas desperdició la concepción de Prebisch: las periferias poseen a su vez sus propios centros y periferias. La pulsión interpretativa pluscategorial extraordinaria destacada por el propio Guillén no es ineludible.

El 16 de junio de 1971, en Santiago de Chile, en la Cepal, enuncia una vez más las asimetrías de poder constitutivas de la formación teórica icónica de su obra. Lo divulga a través de los conceptos centro y periferia:

Pues bien, entremos ahora en este tema tan debatido, que tiene que explicar a la vez el deterioro interno y el deterioro externo. Es decir, no sólo el deterioro entre centro y periferia, sino también el deterioro entre el centro en la periferia y la periferia, y entre la periferia y periferia. No se trata de un juego de palabras. Existe también un tipo de relaciones centro y periferia dentro de la periferia (Prebisch, 1971:3-4).³⁸

A su vez la simpatía de los marxistas con la noción del *deterioro* de los términos del intercambio, o precios de intercambio, es problemática, si se la concibe como un proceso análogo al «intercambio desigual»: formaciones económicas heterogéneas presentan diversos y antagónicos centros y

³⁸ Lo reiteró a unos meses previos al afamado «manifiesto»: «Consideraremos que la etapa de producción primaria se realiza en la periferia y que las otras etapas de elaboración y expendio en el centro cíclico. No es ésta la única característica de los centros cíclicos, hay otros (...) Quiero decir que un centro cíclico y una periferia pueden estar contenidos en un mismo país, como en Estados Unidos que tienen una gran periferia, contrariamente a lo que ocurría en el centro cíclico británico que tenía como periferia la economía mundial» (Prebisch, 1949:449) (Cfr. Mallorquín, 2023).

periferias; *sectores económicos*, entidades que pueden exhibir cierta «pérdida-deterioro» entre sí. No se trata de una *explotación* o «exacción» como dice Pinto citado por Guillén, debido a que pueden generarse mecanismos compensatorios.

En Guillén, la narrativa presentada sobre el «estructuralismo latinoamericano» se consagra con una discusión de la obra de Juan F. Noyola. Las características ondulatorias —como decía Prebisch— que presenta la evolución económica regional son consecuencia del mismo proceso de crecimiento, las formaciones periféricas requieren un mayor «fomento» de inversión; las «alzas de precios» y los «desequilibrios externos» deducidos de la interpretación del diagnóstico ortodoxo, como una política monetaria «irresponsable» generando una masa monetaria sin contrapartida productiva, contrastan con la interpretación latinoamericana sobre la importancia de ampliar la capacidad productiva, no su reducción. El «pensamiento estructuralista ubicaba el origen del desequilibrio externo en el mismo crecimiento con el impulso de la industrialización (...) y no solamente en el deterioro de los términos de intercambio» (Guillén, 2024:154).

Se conciba el tipo de cambio «sobreevaluado» o no, lo que manifiesta el «desequilibrio externo» es una ausencia de correspondencia entre la demanda y la oferta durante el proceso del crecimiento; una devaluación que elevaría los costos de los bienes requeridos para elevar la productividad interna y colmar las demandas de las cadenas productivas internas, resolvería sólo pasajeramente el déficit del balance de pagos de la cuenta corriente. Mejor era impulsar, generar un mayor fomento de inversión para cubrir los crecientes requerimientos del crecimiento e industrialización: el «estrangulamiento externo» exigía modificar-ampliar las «estructuras productivas».

El argumento se concentra intentando hacer congruente la noción de la «inflación estructural», generada en el primer lustro de la década de 1950 y años que siguen, con el estudio del «caso mexicano» (en 1957), entre cuyos autores puede verse Furtado, Sunkel y el propio Noyola. En contraste con la visión ortodoxa, son los agentes productivos en sus luchas de negociación (sectores sociales, estratos, en Furtado; lucha de clases, en Noyola), los que generan los cambios de los precios, internos o «externos». Sintéticamente, sin espacio para destacar el desequilibrio *interpretativo* a nivel de las categorías entre los autores, tanto sobre la evolución categorial así como la pertinencia discursiva de los términos «presión inflacionaria» (agentes) y mecanismos institucionales de «propagación» (Bancos, instituciones financieras gubernamentales o privadas), vale decir que a partir de la famosa fórmula tautológica³⁹ cuantitativa del dinero ($MV=PQ$)⁴⁰ la causalidad debe verse de derecha a izquierda, por lo menos así su *endoble* pertinencia tiene sentido, otorgando prioridad a la acción de los agentes y los mecanismos que determinan los «precios»: la «presión».⁴¹ O alternati-

³⁹ Incluso Irving Fisher está consciente de la tautología, «truisms» (Fisher, 1911:157) de las fórmulas pero intenta darles vida; Osvaldo Sunkel (1957), también.

⁴⁰ O sea, la clásica $MV = PQ$, la anotamos como $(C+I)_p + (C+I)_G + (X-M) = p \cdot i$; donde p es el nivel de los precios: $(C = \text{consumo}; I = \text{inversión privado})_p$, Privado $(C = \text{consumo}; I = \text{inversión})_G$ gubernamental y $X = \text{exportaciones}; M = \text{importaciones}$. La i es el ingreso o producto global, $i = Q$. Así podemos observar la participación de los agentes que usan su dinero (M) y su demanda total en la clásica definición del «ingreso» o «producto global», siempre que $Y=C+I+G+(X-M)$.

⁴¹ Aunque me sumo a favor de la lectura de Noyola realizada por parte de Jaime Ros, con todos los desequilibrios en el nivel de las categorías, creo que Furtado es más certero (véase Mallorquín, 2020). «El primer factor —escribe Ros— corresponde a la «presión inflacionaria básica» de Noyola, mientras que el segundo está dado por el grado de resistencia a los cambios en la distribución del ingreso (el principal mecanismo de propagación). Es por ello que la afirmación de Noyola según la cual «la intensidad de una inflación depende primordialmente de la magnitud de las presiones inflacionarias básicas y, en segundo lugar, de la existencia de mecanismos de propagación», *no es fácil de interpretar*. Si la intensidad se mide por

vamente, la «masa monetaria» tiene sentido si existen *agentes* que desean hacer uso de la misma.

Durante la época que se elabora *A Economia Brasileira* (1954) y subsecuentes discusiones, se abordó la cuestión de la identidad de la fórmula ($A = I$);⁴² Furtado en «Sector Privado y Ahorro» (Furtado, 1956), discute la manera cómo la inversión, y por tanto la demanda, genera un ahorro mayor, así como las subsiguientes «inversiones», asumiendo los supuestos y consecuencias «Keynesianas»⁴³: la evolución de la tasa de ahorro se debe ver como una *consecuencia* de la inversión. Una vez más la causalidad de la igualdad se ejerce desde la derecha hacia la izquierda.

Por lo tanto, políticas de estabilización del FMI, entre otros aspectos presupuestales, exigían devaluaciones y retracción del gasto, de la masa monetaria. Parafraseando, tanto a Noyola o Furtado, en varias ocasiones insistieron, durante la década de 1950, entre sostener cierta tasa de crecimiento o estabilizar el proceso inflacionario, optando por lo primero.

Guillén describe los obstáculos del crecimiento en la década de 1960, planteados por Furtado ante una declinante tasa de industrialización y ausencias de «reformas estructurales», sin embargo, el teórico por excelencia

las consecuencias distributivas de la inflación creo que Noyola tiene razón en decir que esa intensidad depende, en esencia, yo diría exclusivamente de la presión inflacionaria básica» (Ros:144, subrayados míos). El desequilibrio categorial se puede observar con base en otras interpretaciones, por ejemplo, Meireles (2022).

⁴² $A =$ Ahorro; $I =$ Inversión.

⁴³ En la revista *Economica Brasileira*, Furtado (1956) responde a João Paulo de Almeida Magalhães (1956), cuya crítica a *Esboço de um programa preliminar de desenvolvimento da economia brasileira* (periodo 1955-1962) (Segunda redacción, mayo de 1955. Río de Janeiro: BNDE). Relatório do Grupo Misto Cepal-BNDE, obliga a Furtado a afirmar: «Mucho antes de Keynes, con objetivos definidos y limitados, formulase su «ley fundamental», según la cual la propensión marginal a ahorrar crece con el nivel del ingreso individual, las encuestas estadísticas habían demostrado la estabilidad de la tasa de ahorro a largo plazo» (Furtado, 1956:102).

del desarrollo y del crecimiento, encuentra una «tendencia hacia el estancamiento» en Brasil, y en la región, a pesar de la evidencia contraria, culminando en la tesis sobre el «mito» del desarrollo en el primer lustro de 1970. Para entonces, aunque Guillén no lo menciona, la narrativa dependientista forma parte de su perspectiva teórica. Paralelamente Guillén ofrece una interpretación de los límites del proceso industrial, y la aparición de una radiografía económica distinta para fines de la década de 1960 con las empresas transnacionales ocupando una función predominante en una economía regional condicionada por una etapa industrial «trunca». Ello nos acerca a su descripción de la crítica neoliberal al «estructuralismo latinoamericano» y el surgimiento del «neoestructuralismo», tras las políticas que emergen a partir del dominio de políticas y reformas impulsadas en el norte bajo el mote del Consenso de Washington. La «década pérdida» de la década de 1980 del crecimiento en la periferia, cuyo grado de endeudamiento facilitó conceder a sus mandatos, forma parte del diagnóstico implícito aparecido en la narrativa del «neoestructuralismo» en la década de 1990, cuyas categorías de apertura económica y mayor «internacionalización» de los circuitos financieros y productivos son el sustento del planteamiento de una nueva transformación productiva local, promoviendo «núcleos tecnológicos endógenos» en asociación con las grandes empresas. Para finalizar, la narrativa de Guillén, en torno a las políticas propuesta por el Consenso de Washington, desentona radicalmente con una cacofonía insólita; una metamorfosis pluscategorial extraordinaria más allá de la profusa narrativa «estructuralista». Los principios que gobiernan las políticas económicas impulsadas en la región provenientes del Consenso de Washington para enfrentar la «década perdida» regional, sugieren una «autocrítica» asumiendo la narrativa «estructuralista» «sin mencionar[los]» (Guillén, 2024:165):

Abandon[a] la idea de controlar la inflación exclusivamente mediante la contracción de la demanda y se privilegió un enfoque llamado «heterodoxo», que consistió en combinar las políticas restrictivas con la aplicación de programas de estabilización (programas de choque), basados en el control administrado de precios y salarios y, destacadamente, en el uso del tipo de cambio como «ancla inflacionaria». (...) se admitió que el desequilibrio externo y las devaluaciones eran un factor de primer orden en la generación de presiones inflacionarias (Guillén, 2024:166).⁴⁴

Antagonismos y desequilibrios a nivel de las categorías estructuralistas

La contribución de Monika Meireles al libro (Meireles, 2024),⁴⁵ facilita la interpretación radical antes mencionada u otras dado la dispersión discursiva del archi(vo)piélago, siempre en transición con variadas alternativas pluscategoriales:

Se trata básicamente de buscar la raíz estructuralista de las corrientes de hoy día para reflexionar sobre los rumbos elegidos por las teorías señaladas, y así evaluar cómo han madurado las ideas sobre el desarrollo en América Latina. Además, también vale destacar que la línea que *separa* los tres grupos aquí destacados puede ser en ocasiones muy tenue (Meireles, 2024:253, subrayados míos).

⁴⁴ Para una interpretación opuesta por parte del mismo autor véase Guillén (2007).

⁴⁵ «Neoestructuralismo, neodesarrollismo y socialdesarrollismo: notas a partir de sus similitudes y diferencias».

Valiéndose de un «vocabulario original» (Meireles, 2024:197) diversos autores, a partir de la Cepal forjaron tres corrientes: el «neoestructuralismo», «neodesarrollismo» y «socialdesarrollismo», que a pesar de las diferencias —«coro armónico» (Meireles, 2024:198)—, eludieron perspectivas occidénticas, sin necesariamente excluirlas. El análisis «histórico estructural» (2024:199) fundamenta la explicación de una realidad siempre cambiante, no obstante, la mayor «contunde[n]cia» (2024:199) discursiva del neoestructuralismo respecto a las «tres corrientes», que adoptaron distintos aspectos del pensamiento «original». El «socialdesarrollismo» a pesar del entorno eminentemente brasileño, comparte con las otras corrientes una lectura de las tesis centrales del estructuralismo latinoamericano: (centro periferia, el deterioro de los términos, estrategia industrializadora, planeación económica), surgiendo un estructuralismo «reformulado» (Meireles, 2024:200). Sin embargo, dicho «coro armónico», se desdibuja por el énfasis que el «socialdesarrollismo» otorga a la rectoría estado (planeación), donde el neoestructuralismo propone una suerte de «regulación sectorial» (2024:200), y «programación indicativa», una política económica del corto plazo, sin considerar las transformaciones socioeconómicas a largo plazo, que el enfoque histórico estructural preconizó. Las «similitudes y diferencias» (2024:200) entre las corrientes y «limitaciones» (2024:201) del neodesarrollismo y socialdesarrollismo, dan fe del desequilibrio en el nivel de las categorías y la generación pluscategorial extraordinaria.

El «análisis histórico-estructural» ofrece una «lectura multidisciplinaria, [de] la noción centro-periferia, la dialéctica entre actores internos y la dinámica subordinada de inserción internacional» (Meireles, 2024:201). El estructuralismo «originario» sustenta la base de la «continuidad» con el neoestructuralismo, sin embargo, el estructuralismo latinoamericano, es

atípico «pues no surge exclusivamente del seno académico» (2024:203). La originalidad de la formación discursiva subrayada por Meireles se ampara en la dualidad «centro periferia» y la «heterogeneidad de las estructuras productivas internas» (2024:204) —citando a Guillén (2007)—, así como la «continuidad metodológica» (Meireles, 2024:204-205), entre 1948 y 1990. La «columna vertebral» consolida el pasado con el presente de la Cepal: estructuralismo y neoestructuralismo» (Meireles, 2024:205) sus dos pilares. El trazo histórico señalado en cuestión obliga a ofrecer una explicación sobre la relativa ausencia de desequilibrios en el nivel de las categorías, del «análisis histórico estructural» del pensamiento latinoamericano producto de la «actualización de los temas relevantes del desarrollo latinoamericano en cada una de sus etapas históricas» (Meireles, 2024:205).

La autora cree pertinente realizar una periodización 1948-1960: *a)* «estado, industrialización, división internacional del trabajo» (2024:206); *b)* 1960 reformas de base, agrarias y mejorar la redistribución; *c)* 1970, estilos de desarrollos, se conforman con base a la diversidad nacional; *d)* asfixia financiera década de 1980, ajuste recesivo; *e)* transformación productiva con equidad, insignia del neoestructuralismo, y participación ciudadana «además, vale mencionar que la vertiente estructuralista no formuló una «teoría» única e inamovible para estudiar los procesos de desarrollo y subdesarrollo desde una perspectiva latinoamericana, estimuló la existencia de múltiples voces que al unísono pudieran conformar una serie de tesis con un mínimo denominador común sobre la especificidad del desarrollo capitalista en la región» (Meireles, 2024:206-207).

Impugnó la «adopción» acrítica (Meireles, 2024:207) del pensamiento occidéntico «deductivo», subrayando la lógica inductiva. Perspectiva que desconfía de argumentos «generalizantes» o recetas «universales»

para todas las «situaciones» (2024:207). Prefiere eludir las categorías euroamericanas apoyándose en la realidad. Central es la «teoría del poder», para tomar las respectivas decisiones: el deterioro de los términos de intercambio y la perspectiva ricardiana de las ventajas comparativas, la inflación estructural, *versus* la teoría cuantitativa del dinero, y la creciente «complejidad» (Meireles, 2024:208) (heterogeneidad) de las formaciones socioeconómicas, por los procesos de industrialización y modernización, rechazando la perspectiva evolucionista del desarrollo económico.

De hecho, según Bielschowsky (Meireles, 2024:208) el enfoque histórico estructural presenta tres planos: centro-periferia (inserción subordinada), análisis de las condiciones estructurales internas de empleo y la desigualdad: diversidad productiva y heterogeneidad estructural (2024:208), y finalmente un Estado: instituciones para promover y superar las condiciones estructurales, a partir de una «perspectiva multidisciplinaria» (2024:209), ejercicio «herético» similar al de los institucionalistas estadounidenses de la década de 1920.

Meireles intenta proponer la «continuidad» entre la Cepal pretérita y la actual. A través de sus textos institucionales, y la información de la modalidad enunciativa, se presenta la trilogía institucional de la década de 1990. El estructuralismo busca entender la

realidad económica de la región mediante la reconstrucción histórica de la dinámica de sus estructuras, y a la vez por la preocupación por la activa renovación de la misma teoría para que sea capaz de proveer el instrumental analítico que logre dar cuenta de las especificidades de las estructuras subdesarrolladas (Meireles, 2024:211).

Se ofrece una crónica de la evolución del neoestructuralismo (Sunkel, Zuleta y Fajnzylber), centrada en la interpretación de la recomposición económica, una intervención estatal mínima, donde la regulación daría las bases para impedir el desequilibrio de los balances de pagos al exterior, y equilibrar la cuenta corriente primaria. Se propone la superación de la industrialización «trunca» (con innovación tecnológica) reintroduciendo en la narrativa a Fajnzylber (1983) con estrategias que conduzcan a una mayor igualdad distributiva, que forma parte de la crítica del pasado y las actuales condiciones en la región.

Meireles considera que existen versiones equívocas sobre la relación y evolución de un núcleo teórico original y lo que emergió con la teorización y el neoestructuralismo: para algunos con Fajnzylberg surge la apatía en torno a una política estatal desarrollista, otorgando al estado la tarea de «corrector de las fallas de mercado» (Meireles, 2024:218), para su fortalecimiento interno, en las que se señalan las transiciones pluscategoriales extraordinarias entre el estructuralismo y neoestructuralismo.

Otorga a la modalidad enunciativa —Fajnzylber—, la tarea titánica de demostrar y explicar la ausencia o presencia de continuidad, (Meireles, 2024:218-219), tipificando dos «etapas» en la propia evolución del pensamiento de Fajnzylber: en la década de 1980 el análisis subraya la lucha de clases y en la siguiente etapa, 1990, domina el fetiche tecnológico schumpeteriano, y el surgimiento del núcleo endógeno. Pero la competitividad «auténtica» (Meireles, 2024:220) nunca se pierde, debido a la incorporación de los cambios de factores que «permita[n] elevar el contenido tecnológico y el valor agregado de los productos de exportación de la periferia» (2024:220). La competitividad no debe fincarse en salarios bajos; en simultáneo se impone una «competitividad», a partir del «nuevo núcleo

endógeno», interrumpiendo la «desnacionalización» del sistema productivo, y diversificación productiva en favor del desarrollo. En otras palabras, es remediable el desequilibrio en el nivel de las categorías originarias con las posteriores. La visión originaria presenta la figura de la igualdad del ciudadano, se sustituye por la concepción clasista y sus fracciones, y adopta la visión schumpeteriana de la creatividad destructiva: una dualidad que se tipifica como el «último de los primeros» y el «primero de los últimos» (Meireles, 2024:222), pioneros del neoestructuralismo, o en algunas de sus interpretaciones, como un discurso hegemónico por el neoliberalismo.

La discusión de la interpretación del neoestructuralismo, tiene como trasfondo instrumentos de política económica del periodo del Consenso de Washington cuyo diagnóstico subrayó finanzas públicas desequilibradas, noción de un Estado ineficiente y fuente del derroche populista, todos productos de la política de endeudamiento. Sintéticamente reduce el papel del Estado, y a pesar de lo anterior, la «columna vertebral» no impide la evolución del discurso, o «cambio de posiciones dentro de la institución en sus más de 70 años de existencia» (Meireles, 2024:225), la perspectiva originaria incorporó nuevos «temas» (2024:226), por ejemplo, la perspectiva de género.

Se intenta ofrecer cierta armonía teórica pluscategorial extraordinaria a escala de las categorías, y su generación: «La creatividad heterodoxa y latinoamericanista de sus preceptos sería más fácilmente reconocido como original por su trabajo en términos de creación de nuevas categorías para reflexionar sobre la naturaleza del subdesarrollo y de la dependencia desde el pensamiento económico latinoamericano» (Meireles, 2024:227).

Sugiere que sigue «pendiente» un balance, a partir del cual el surgimiento del neoestructuralismo (Meireles, 2024:227-228) pueda contrastarse a la

antigua y nueva Cepal. En un tercer momento a partir de 2008, surge «una nueva oleada creativa y de naturaleza teórica sustancialmente afiliada a las corrientes de pensamiento heterodoxas, de la cual pueda emerger un paradigma igualmente vigoroso al heredado por el estructuralismo latinoamericano, es una cuestión que quizá en un futuro cercano se pueda aclarar» (Meireles, 2024:228).

Surgiría una suerte de «tres momentos» dice la autora a pie de página (Meireles, 2024:228): estructuralismo, neoestructuralismo y algo así como «nuevo-neoestructuralismo» (Meireles, 2024:228). Le perturba que a pesar de la dificultad para articular entre sí el neoestructuralismo al pensamiento neoclásico, tampoco es fácil defenderlo ya que algunos de sus autores «no están exentos de serios cuestionamientos en cuanto a su *incómoda cercanía* a los preceptos neoclásicos» (2024:228, subrayados míos).

Los que proponen una continuidad (Meireles, 2024:229) (enfoque histórico-estructural), estructuralismo y neoestructuralismo, defienden las «actualizaciones temáticas», bajo un «hilo teórico-metodológico» (Meireles, 2024:229-230), unificando siete décadas, en contrapartida con quienes proponen «innumerables rupturas» (2024:230), representados por un grupo de intelectuales cínicos que desfiguran la perspectiva.

La idea es no olvidar que los preceptos neoliberales pueden percibirse, y por tanto hacen difícil sostener, la versión de la «continuidad con cambios» (Meireles, 2024:231), dado que la Cepal poscrisis deuda externa (1980-90), apoya políticas de finanzas públicas sanas, a «cualquier costo» (Meireles, 2024:231) e inserción internacional obligatoria, constituyendo a la exportación como su más importante propulsor del crecimiento, la «curva de la sonrisa». Promueve de igual modo un acoplamiento a las empresas transnacionales, un regionalismo de apertura indiscriminada, para

fomentar la industrialización, sustituyendo el enfoque histórico-estructural, por una lógica de «equilibrios de mercado» (Meireles, 2024:231), cuya cercanía al neoestructuralismo lo explicaría, desplazando a su vez el análisis del conflicto de clases sociales.

Finalmente, el neoestructuralismo, en el «menor de los casos» (Meireles, 2024:232) «abandonó» a la periferia como la contracara del desarrollo del capitalismo que

se expande en zonas subyugadas en el proceso colonial, como las latinoamericanas, conformando en este encuentro asimétrico de mundos [con] *estructuras híbridas*, que cuando experimentan crecimiento económico simultáneamente profundizan su subdesarrollo, pues convive la complejización de la actividad productiva con oferta ilimitada de mano de obra y la perpetuación de niveles bajos de salarios con marcada desigualdad en la distribución del ingreso (Meireles, 2024:232).

En otros términos, la huella del «neoestructuralismo», en algunas interpretaciones, presenta aspectos categoriales «próximos» a «ideología neoliberal» (Meireles, 2024:231), demostrando al mismo tiempo la diversidad pluscategorial discursiva, así como la decisión *política* de la modalidad enunciativa practicada por algunos, con quienes la autora discrepa. La aparición de la famosa tesis del «desarrollo del subdesarrollo» en la discusión no sería tan problemática teóricamente hablando, si no fuera por la noción de totalidad llamada *capitalismo*, que a pesar de meritorias «tasas de crecimiento» las desacredita con el mote de «subdesarrollo».

La presentación de los discursos neodesarrollistas y socialdesarrollistas, asume su linaje con el estructuralismo latinoamericano, es decir,

resultado a su vez de la metamorfosis pluscategorial extraordinaria. Pero el relato puede resultar dramático dada la pureza de la narrativa, implícitamente originando una impunidad *teórica*, debido a la facilidad con que los respectivos desequilibrios categoriales entre las «corrientes» son vinculados al discurso «matricial» estructuralista, facilitando la decisión *política* de acentuar uno u otro aspecto de las políticas económicas subyacentes en las «corrientes» (más o menos mercado, ausencia o no de «Estado», «distribución» o «crecimiento»). Enfrentamos nuevamente una potencial metamorfosis que requiere una decisión política, una regeneración pluscategorial extraordinaria, donde los aspectos teóricos, estrictamente hablando, son *incuestionables* en términos del estructuralismo latinoamericano, pero donde la virtud política del locutor —la entidad enunciativa—, logra hegemonizar sus desenlaces categoriales, originando una irrenunciable polémica —antagónica— en torno a políticas económicas alternativas que discute a continuación. Entonces, cabe advertir de un proceso discursivo irónicamente *inverso*, aunque *análogo* a la *pulcritud* de la imagen discursiva del «posdesarrollo» ofrecida por Mendoza (2024) (véase más adelante), donde la metamorfosis pluscategorial extraordinaria nos deja *políticamente* «huérfanos» de guías para proponer alternativas formas de organización y sus respectivas relaciones sociales.

La definición de las políticas de las «corrientes» presentadas por Meireles, sugiere que el «neodesarrollismo» se «enfoca» en «promover el desarrollo de la industria nacional para mejorar la forma de inserción internacional en el mercado mundial de productos mediante el sostenimiento de un tipo de cambio real, competitivo y estable», mientras que el socialdesarrollismo, aunque preocupado por el «desarrollo mediante [la] reactivación industrial» lo hace, «a partir de una activa política distributiva, y de

un fortalecimiento del mercado interno que permita combatir la pobreza y disminuir la marcada desigualdad de ingresos de los países de la región» (Meireles, 2024:233)

Podríamos estar alimentando la discusión euroamericana de si el crecimiento presenta o presentó una propulsión por vía de la demanda o el de la «oferta»; sin embargo, reconstruye la discusión en materia de política económica a partir de la devastación de las reformas estructurales «hacia atrás» propuesta por el llamado Consenso de Washington: desregulación financiera, privatización de empresas públicas, desnacionalización del sector productivo, indiscriminada apertura financiera y reducción del papel organizativo del Estado (equilibrios presupuestales), otorgando al «mercado» la tarea de resolver la lógica de los precios y la reconfiguración productiva. La síntesis admirable por parte de la locutora, de la antagonica formación discursiva y su metamorfosis (neodesarrollismo-socialdesarrollismo), obedece en gran parte a la modalidad enunciativa, al heroísmo intelectual del Luiz Carlos Bresser. Se trata de la generación pluscategorial de la formación discursiva, casi exclusivamente «brasileña», demostrando una vez más la «elasticidad» categorial del estructuralismo latinoamericano, transición que diríamos está en proceso dado el desequilibrio a nivel de las categorías. Las posturas occidénticas al reducir la evolución discursiva del estructuralismo latinoamericano a la contraposición de Estado o Mercado, industrialización-primarización, agentes racionales preconstituidos, «populismo-nacionalismo extraviado» sólo deshonra teóricamente los efímeros esfuerzos de algunos intelectuales dominados por las *ideas euroamericanas* para comprender las políticas e ideas de la región.

Para Meireles, no obstante, la perversa poliforme pluscategorial extraordinaria «desarrollista» presenta dos efectos categoriales antagonicos:

el «desarrollismo exportador del sector privado (neodesarrollismo)» y el «distributivo orientado por el Estado (socialdesarrollismo)» (2024:234).

De hecho, el autor consagrado del «neodesarrollismo», Bresser-Pereira, ha planteado una equivalencia hegemónica discursiva respecto al «desarrollismo en el pasado», la cual genera potencialmente efectos problemáticos teóricos y políticos. Ya hemos visto que la unidad argumentativa y el desequilibrio en el nivel de las categorías, supone una reconstrucción y generación pluscategorial extraordinaria («del pasado») para hacer permisible la «comparación» histórica, especialmente porque la metamorfosis pluscategorial extraordinaria del *neo-desarrollismo*, a pesar del desequilibrio a escala de sus categorías presenta una «evolución» que puede «confundirse» con el supuesto discurso desarrollista del «pasado» cuando se lo evalúa como política económica en acción y donde sus promotores «teóricos», *no los gobiernos*, parecen exhibir una ignorancia elemental de la narrativa «económica». Dicha comparación potencial (entre desarrollismo pasado y el nuevo) desencadena un desequilibrio en el nivel de las categorías *positivo*: una regeneración categorial que se distancia de la *ortodoxia convencional*, tanto la del «pasado» o la actual manifestada en la pluma de Bresser-Pereira, la cual revela a su vez un grave estancamiento categorial del discurso euroamericano: la imposible «prueba» del concepto del «equilibrio»; la recuperación de Walras; la ficción del absurdo «agente representativo»; la confusión entre la micro y la macroeconomía, y *last but not least*, la sigilosa estrategia regenerativa pluscategorial extraordinaria con la noción de *variegated capitalism* (variedad de capitalismos), desconociendo a su vez los aspectos teóricos centrales en el estructuralismo latinoamericano en torno a la heterogeneidad estructural consustancial de las relaciones sociales y por tanto, la «pluralidad» cualitativa de sus agentes y países como veremos más adelante.

Efectivamente, Bresser-Pereira otorga un gran peso a su modelo macroeconómico «estructuralista del desarrollo» (Meireles, 2024:236), a la variable relacionada con las categorías del tipo de cambio y su administración: una visión dominada por la reconfiguración económica a largo plazo. Preferencia teórica-política de vigilancia a la tendencia congénita de las economías de la periferia cuyas monedas se aprecian, fomentando la importación de bienes importados, desalentando la «inversión productiva nacional» (Meireles, 2024:237). Asimismo, el «neodesarrollismo» reorienta las categorías del estructuralismo latinoamericano recuperando subrepticamente la inflación «estructural» y sus mecanismos (presión, propagación), de antaño en «inflación inercial»: diferenciando la «aceleración», «factores de mantenimiento» a partir de una noción «endógena del dinero» (Meireles, 2024:237): en otras palabras una metamorfosis pluscategorial extraordinaria, vinculando a su autor Bresser-Pereira al pensamiento de la «heterodoxia» como el «nuevo desarrollismo». Si se resalta la importancia de la obra de Bresser para explicar la sobrevaluación de la moneda —y sus consecuencias—, unificada bajo el vocablo «enfermedad holandesa»⁴⁶ no olvidemos que dicho rescate categorial desconoce su procedencia periférica en Trinidad y Tobago, que como dice Streeten a nadie le importó.⁴⁷

⁴⁶ Es decir, además de los aumentos extraordinarios de los precios de exportación en la periferia que destruyen la planta productiva, o incentivos en la misma, también se utiliza en referencia a «la apreciación» como «resultado de los flujos netos de capital extranjero estimulados por la política de crecimiento con ahorro externo» (Meireles, 2024:242), que parece ser lo que más preocupa a Bresser-Pereira, la tasa de interés local que inducen inversiones «golondrinas».

⁴⁷ Paul Streeten, en sus comentarios a la obra de D. Seers, en la Cepal escribe: «He analysed the Dutch disease for Trinidad sometime before it hit Holland. But the patient being Trinidad, no-one paid much attention or called it the Trinidadian or Venezuelan disease» (Streeten, 1989:29).

Con el «nuevodesarrollismo» se exhibe la pluralidad potencial pluscategorial extraordinaria, pero paradójicamente se hegemoniza a partir de la noción euroamericana de que el estructuralismo latinoamericano asfixió al mercado con políticas estatales omnicomprendivas; sin embargo, los efectos de la contraposición «Estado interventor o regulador» (Meireles, 2024:240) pueden percibirse en una u otra versión en los clásicos latinoamericanos o en distintas épocas de la evolución de la modalidad enunciativa que paradójicamente, a contrario de la interpretación euroamericana, las políticas «estatales» construían «mercados» donde no «existían», como veremos más adelante. Incluso, la misma narrativa de Meireles tiende a reproducir esta apreciación cuando destaca la diferencia entre la importancia de la presencia Estatal del «desarrollismo» clásico, *versus* el de la «regulación» por el neodesarrollismo.

No obstante, Bresser-Pereira se identifica como un «sucesor legítimo del estructuralismo latinoamericano» (Meireles, 2024:240), ampliando el metamorfismo categorial: los «cinco precios macroeconómicos: tasa de ganancia, tasa de interés, tipo de cambio, salarios e inflación» (Meireles, 2024:240), centrales a su pensamiento, que inadvertidamente supone tomar en cuenta la heterogeneidad consustancial de las formaciones económicas y especialmente en la periferia: ámbitos de lucha antagónica de cada núcleo social entre distintos agentes, estatales y no estatales, evaluación «internacional» (*ranking*) sobre solicitudes de préstamos y nivel de endeudamiento; organizaciones sociales y políticas salariales. Bresser-Pereira centra gran parte de la promoción del crecimiento en la política monetaria para defender un precio competitivo de los productos de exportación de la periferia, así como el equilibrio de la balanza de pagos.

Por otra parte, la lectura de Meireles sobre las políticas económicas impulsadas por el socialdesarrollismo se realiza contrastándola con las categorías del neodesarrollismo, subrayando que la primera propone un mayor acento entre crecimiento y redistribución del ingreso en lugar de las asimetrías entre el centro y la periferia; en ese sentido, elabora un cuadro comparativo entre el desarrollismo «clásico», neodesarrollismo y el socialdesarrollismo, sobre «metas», «objetivos» y «herramientas» (cuadro III, Meireles, 2024:243), que únicamente desde una perspectiva «formal» podrían presentarse como antagónicas entre sí. Sin embargo, el desequilibrio en el nivel de las categorías de la formación discursiva latinoamericana hace posible «armonizar» gran parte de sus objetivos o metas. Es decir, no siempre las políticas económicas promovidas pueden remitirse en exclusividad a cierto «autor», o «movimiento», por ejemplo, Meireles de hecho cita el deslinde de Bresser-Pereira donde dice que no tuvo «nada que ver» (Meireles, 2024:235) en las propuestas durante los gobiernos Petistas. O sea, existe, como dice Meireles en otro contexto, una «línea tenue» (2024:234, nota a pie de página) entre los desarrollismos presentados.

No obstante, las instituciones y «reglas» actuales del comercio internacional, después del repudio por Estados Unidos del oro respecto el dólar, y el subsecuente desorden financiero y endeudamiento de la Periferia por la plétora de los petrodólares en la década de 1970, habilitaron un empoderamiento de varias instituciones financieras internacionales, donde las instituciones «multilaterales», FMI, y Banco Mundial, se convierten en partícipes decisivos a favor del Centro cuando los *defaults* financieros se avecinan, reconstruyendo un implícito «nuevo» orden internacional. Estos elementos explican un contexto muy diferente al que existía cuando el «viejo» desarrollismo generó sus categorías, lo cual explica la «crítica»

o ausencias teóricas que Bresser-Pereira enrostra al «viejo» desarrollismo, sobre una tendencia inherente a la sobrevaluación de la moneda en los países de la periferia, y en ese sentido, se advierte la posibilidad, sino la necesidad, de una regeneración pluscategorial del desarrollismo, con la consecuencia discursiva de hacer imposible cualquier contraste comparativo entre el «viejo» y «nuevo» desarrollismo. El «viejo» como diría Meireles, a partir de Noyola o Furtado, las consecuencias «inflacionarias» en cuestión no puede subsanarse con devaluaciones, sino con transformaciones estructurales, ampliar la planta productiva sectorial pertinente, agrícola o industrial; hay que ocuparse simultáneamente, de la tasa de cambio —políticas monetarias—, y una selectiva regeneración «competitiva» sectorial: «El objetivo de esta política es un *tipo de cambio de equilibrio industrial* que permita a los productores de bienes manufacturados de última generación competir en de los mercados extranjeros» (Meireles, 2024:242).

Se destaca en particular este aspecto porque el desarrollismo «clásico» también intentó ampliar el espacio internacional de la exportación de productos «manufacturados» de la periferia hacia el centro, reflejado simultáneamente en la crítica a los gobiernos y sus políticas proteccionistas del Centro, postulando la transformación del régimen comercial internacional, reflejado en la creación de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Nótese que no se emplea, «mercado mundial» o «capitalismo mundial».

El antagonismo o fuego «cruzado» entre el neodesarrollismo y socialdesarrollismo es relativo, aunque la presentación de Meireles plantea diversas alternativas *políticas*. Los «pilares» de los respectivos modelos van adquiriendo un antagonismo adversarial al judicializar los discursos. Como se mencionó previamente, la presentación cuidadosa del estructuralismo

latinoamericano obliga una decisión ante dilemas, y Meireles no la elude subrayando que el neodesarrollismo presenta ausencias conceptuales importantes: «no se consideran cabalmente las condiciones estructurales de la economía periférica como la aún persistente oferta ilimitada de mano de obra» (Meireles, 2024:248), o los efectos de la «competencia regresiva» (Prebisch), cuyas consecuencias ya las sabemos: los salarios tienden hacia abajo o a estancarse, o Marx, con el «ejército de reserva de mano de obra». Igualmente, la presunción de los neodesarrollistas de una *economía productiva plena*, sin «desequilibrios a nivel de los factores», sectoriales y productivos, «lógica[mente]» (Meireles, 2024:249) esquivo un Estado «interventor».

Por su parte el modelo socialdesarrollista, apoyado en la ampliación del empleo, generación de «ingreso» y su distribución, así como la «ampliación» de la «infraestructura social» (Meireles, 2024:249), sintetizado con la idea de «tres motores de crecimiento»: aumento del consumo social, demanda externa por los «recursos naturales e inversión en infraestructura» (2024:249) se dictamina «insostenible» «a largo plazo» (2024:249) no obstante el breve periodo exitoso que culmina con el «estancamiento» de los «incrementos de productividad» (2024:250).

Nuevamente, de modo admirable la autora elabora otro cuadro sintético comparativo de los límites entre las «corrientes», donde en cada casilla se indica la problemática abordada, señalando de paso las deficiencias al respecto —«polémicas»— (la balanza de pagos; redistribución; cambio estructural, financiamiento al desarrollo) y en el que los críticos al «socialdesarrollismo» presentan un orden pluscategorial extraordinario considerado negativo —«miope»— (Meireles, 2024:250) subrayando que

la creación de un mercado de masas para atenuar los problemas estructurales de distribución del ingreso es todavía una postura de alguna forma miope para corregir las especificidades del subdesarrollo de las economías latinoamericanas: la heterogeneidad estructural, el estrangulamiento externo, cuando existe el repunte del crecimiento económico, y la oferta ilimitada de mano de obra (2024:250).

De la reflexión sobre el cuadro III (Meireles, 2024:251), los resultados categoriales críticos del neodesarrollismo subrayados por la autora es la indecisa «desvinculación» entre sus «recomendaciones y las políticas económicas de corte ortodoxo» (2024:250) pero que en todo caso «siguen apostando por el desarrollo del capitalismo latinoamericano y alimentando sus irreconciliables contradicciones» (2024:250). Dicha timidez ha «desacreditado» al neodesarrollismo, debido a su «extrema ponderación en *cuestionar de modo radical la teoría económica tradicional* y las recomendaciones de política que de ella derivan sus críticos» (Meireles, 2024:250, subrayados míos). Como contrapartida, las críticas al socialdesarrollismo

dicen que no es dinámico, no estimula la competitividad externa y es inflacionario en la medida en que se basa en el aumento del gasto público. Por su parte, para los socialdesarrollistas, el neodesarrollismo prevé un «determinismo» con el que basta la corrección de la tasa de cambio para que se dé la reindustrialización automáticamente. Además, no está entre sus preocupaciones la desigualdad de la distribución del ingreso. En una palabra, el «fuego cruzado» que se presenta entre una corriente y la otra se resume en la *incómoda presencia* de argumentos de ortodoxia convencional que el neodesarrollismo endosa y la supuesta falta de dinamismo de largo plazo que

padece la estrategia defendida por el socialdesarrollismo (2024:250-251, cursivas mías).

Pero más importante, la presentación de las «corrientes» justifica admitir frutos del progreso teórico, un indeciso ámbito pluscategorial extraordinario en proceso, que puede disiparse si suponemos criterios generales ineludibles para hacer evaporar los aspectos «incómodos» o «radicales» potenciales de la formación discursiva. Por lo tanto, dichas «polémicas» más bien confiesan la vitalidad de los archi(vos)piélagos plurales de la generación pluscategorial extraordinaria latinoamericana. El «desarrollo del capitalismo latinoamericano» (Meireles, 2024:250) constituyó una estrategia política a partir del archipiélago discursivo latinoamericano, lo cual implicaba el vocabulario «constructivo» y guía para ampliar el radio de acción geográfico «capitalista» —si no incluimos a la TMD—, donde *simultáneamente* germinan una serie de arrecifes «cuasi socialistas» circundantes: recuérdese las innumerables empresas «estatales» privatizadas y el discurso en torno a la «programación» que en parte las sustentaba.⁴⁸

«La discordia cultural del «posdesarrollo»»

Ahora bien, con la generación pluscategorial extraordinaria del «posdesarrollo» se confirman archi(vos)piélagos plurales regionales. El posdesarrollo

⁴⁸ En México, uno de los primeros cambios de la administración pública fue la desaparición de la Secretaría de Programación y Presupuesto, incorporándola a la Secretaría de Hacienda.

cuestiona de fondo la categoría del desarrollo, la cual considera colonizadora porque expresa premisas de la modernidad con el objetivo de aumentar el control occidental del mundo subdesarrollado. El posdesarrollo reconoce y busca revelar la dimensión ideológica de todas las estrategias de desarrollo, destacando la disputa política-metodológica que desde las periferias existe en América Latina en la construcción de un pensamiento propio sobre la dialéctica desarrollo-subdesarrollo. Se trata de un enfoque de la heterodoxia de la economía latinoamericana del desarrollo (Mendoza, 2024:265).

Se ofrece «una sistematización» por parte de Mendoza (2024:265), de lo que denominó el «posdesarrollo», reflejando las «rupturas y continuidades del pensamiento crítico latinoamericano en sus esfuerzos por construir una teoría sobre el desarrollo y subdesarrollo desde América Latina, considerándola un todo articulado, *sui generis* y diferenciado» (2024:266). «El posdesarrollo representa una ruptura con los conceptos y metodología sobre el desarrollo-subdesarrollo que no sólo incluye la crítica cultural a los enunciados del desarrollo, sino también las acciones concretas y las instituciones que lo promueven y legitiman» (Mendoza, 2024:268-269).

Mendoza resalta que el «subdesarrollo no es un estadio previo», sino la secuela del tipo de «desarrollo de la expansión mundial del capitalismo» (2024:270). Una formación discursiva dominada por los distintos modelos para pensar el «crecimiento» de posguerra que exhibe una «ruptura, a partir de 1957» y «el desarrollo económico» pierde su «centralidad» (Mendoza, 2024:272). Se sugiere que las visiones heterodoxas, no obstante, comparten una serie de categorías sin cuestionar «el concepto de desarrollo, modernizantes y dirigidos por expertos» (2024:272). Nociones como el desarrollo sostenible no lograron «salir de un enfoque economicista (...) el desarrollo

sostenible se *atenúa*, pero no cambia el curso de la acumulación del capital (...) y discusiones sobre otro desarrollo requieren abordar la esencia misma del capitalismo» (2024:273). En síntesis, el antagonismo discursivo desde signos diversos, generó cierta evolución pluscategorial extraordinaria, que según Mendoza, «nunca definieron como ruta otro desarrollo, fuera del contexto de modernización capitalista» (Mendoza, 2024:274).

En dicho contexto —postsocialismo realmente existente—, el discurso «poscolonial» (Mendoza, 2024:275) aterriza en la región latinoamericana desde centros académicos del Norte, evocada por modalidades enunciativas del Sur, ofreciendo una transformación pluscategorial extraordinaria bajo la denominación «posdesarrollo», multiautoral, aunque Mendoza se concentrará en la obra de Arturo Escobar.

Mendoza ubica dicha «vertiente» como una «fractura» del «pensamiento crítico latinoamericano»:

fractura en el pensamiento sobre la dialéctica del binomio desarrollo-subdesarrollo y centra su análisis en el cuestionamiento radical de la noción del *desarrollo* en el sentido antropológico-ontológico de la palabra, que la considera una construcción sobre las bases político-ideológicas del discurso hegemónico de origen occidental (...) El posdesarrollo generalmente se ha interpretado como una época en que el desarrollo ya no sería el principio organizativo central de la vida social (Mendoza, 2024:276).

Si el desarrollo realmente transforma, disuelve, evapora las relaciones sociales como lo anunció Marx, entonces dicho proceso «equivale a la destrucción de estos espacios de vida» (Mendoza, 2024:277), el fin de la vida y espacios comunales. La descripción de la fisonomía evolutiva

económico-social de la periferia y sus instituciones promotoras del «desarrollo-modernidad», triunfó en el imaginario colectivo⁴⁹ y como corolario limita «nuestros intentos de imaginar otras formas de pensar» (Mendoza, 2024:283). Paralelamente la narrativa ubica al posdesarrollo como una transformación pluscategorial «postestructuralista» cuyos desequilibrios a nivel de las categorías pueden registrarse en la obra de Foucault.

El archi(vo)piélago del posdesarrollo hizo posible la deconstrucción práctica y teórica de una serie de problemáticas económico-sociales de diversa índole según Mendoza, y especialmente en el ámbito «cultural», donde las categorías euroamericanas hegemónicas disciplinan, o intentan disciplinar, la lógica y evolución discursiva del saber de la generación pluscategorial extraordinaria.

El posdesarrollo supone «descolonizar» nuestros discursos, transformar positivamente los desequilibrios a nivel de las categorías, «para lograr modos alternativos de existencia social». La decisión política de dicha estrategia supone disyuntivas múltiples: «La realidad puede definirse en términos distintos a los del desarrollo y, por consiguiente, las personas y los grupos sociales pueden actuar sobre la base de estas *diferentes definiciones* con la capacidad de imaginar *otras formas de pensar*, ser y hacer para que en el camino pudiera construirse *una realidad diferente*» (Mendoza, 2024:289, subrayados míos).

El archi(vo)piélago de las ciencias sociales latinoamericanas, bajo coloraciones discursivas plurales, ha recuperado la «conquista de América Latina» como el eje central para desenmascarar la existencia de una totalidad

⁴⁹ «El posdesarrollo entendió que el desarrollo se había expandido hasta convertirse en una forma de pensar y sentir; que como categoría universal debería imitarse en todos los países» (Mendoza, 2024:284).

económica planetaria «capitalista» o en proceso: un «poder que articula todo el planeta» (Mendoza, 2024:289). La independencia de los países latinoamericanos incumplió sus metas, amparados en la práctica y discurso del «patrón colonial de poder» y las «jerarquías raciales» (2024:290). En esta ocasión, se invoca a Anibal Quijano para articular la «colonialidad del poder» y el desarrollo. Intachable en términos generales, la ambigüedad surge cuando el «patrón de poder» se convirtiere en «capitalismo»:

Definido como estructura mundial de patrón de dominación-explotación-conflicto articulado en torno al eje capital-trabajo mercantilizado, y que históricamente se origina y mundializa a partir de América Latina desde hace quinientos años. Una economía capitalista mundial no habría tenido lugar sin América Latina (Mendoza, 2024:290).

Históricamente, o a la fecha, la narrativa sugiere, supone, la presencia de una totalidad capitalista «mundial», donde la heterogeneidad social y económica, tanto local, intraregional o interregionales *se evapora*, que paradójicamente es uno de los aspectos conceptuales más importantes a rescatar de la narrativa (plural) del posdesarrollo. Prácticamente sin cortapisas florece una renovada versión del discurso euroamericano sobre la fábula del inicio donde «todo era América» que a su vez asiste a la tesis del momento «inaugural» del domino mundial del capital.

Según Mendoza, la «occidentalización» de nuestro «imaginario social», a través del discurso desarrollista transformó la «ilusión» y los sueños de un «mimetismo tecnológico» (Mendoza, 2024:292), intentando convertir un «mito» en «certezas», tanto en la «práctica» como en el «discurso». Mendoza subraya que la narrativa posdesarrollista (posestructuralista)

surgió para explicar-descartar la hegemonía discursiva euroamericana, examinando discursos y prácticas del «desarrollismo», subrayando sus mecanismos trágicos de seducción. Efectivamente, la narrativa se apoya en un periodo de la obra de Furtado, cuando invoca la noción de «mito» para invalidar la idea de la «universalidad» del proceso de desarrollo para el Tercer Mundo a imagen y semejanza del Norte.

Paralelamente, Mendoza sugiere que el posdesarrollo ofrece un «análisis del poder» (2024:296): examina los discursos como «poder», los cuales establecen las prácticas sociales, generando sus objetos y categorías específicas, así como las «formas de subjetividad» (2024:296); subrayando insistentemente que la contribución debe observarse como una «crítica del desarrollo como cultura, como discurso» (2024:297).

En una primera fase, la propia evolución del discurso posdesarrollista va presentando una serie de desequilibrios a escala de sus categorías, sin exonerarlos, Mendoza intenta una explicación —de sus «límites»— (2024:297), al argumentar que la formación discursiva no consideró las condiciones de existencia de la «pobreza» y el «capitalismo» y así como los agentes (instituciones, agentes) involucrados en el proceso desarrollista y peor aun omitiendo el examen de las «tradiciones locales» (2024:297) y asimetrías de poder, «romantizando» los movimientos sociales.

Pero la metamorfosis pluscategorial del posdesarrollo evolucionó para visibilizar «la heterogeneidad en las prácticas del desarrollo», denunciando los efectos sociales y ambientales de las políticas de desarrollo, al grado que se la describía como «una alternativa *sin alternativa* (Mendoza, 2024:298, subrayados del autor). La evolución categorial enfrenta el eclipse «desafia[ndo] al pensamiento crítico latinoamericano» (Mendoza, 2024:298) distinguiendo entre el «desarrollo alternativo» y las *alternativas*

al desarrollo», en el primer caso las políticas económicas transitaban «dentro la modernidad capitalista»,⁵⁰ mientras que el segundo caso discutía transiciones «poscapitalistas». Según Mendoza, se trata de ir más allá de «ajustar» instrumentales y aspectos negativos del crecimiento, ya sea vía el Mercado o el Estado: se trata de «desarrollos alternativos» (2024:299).

Mendoza avanza la consideración que las «formas de vida» de las comunidades, o de los movimientos sociales generan, «las alternativas al desarrollo» donde dominan las «relaciones económicas no capitalistas» (Mendoza, 2024:299): «economía social solidaria», «economía de los cuidados», pero no especifica la metamorfosis categorial en proceso. Efectivamente, se impugnan los saberes euroamericanos por parte de los movimientos indígenas, planteando una serie de «abanicos» potenciales de organización «alternativas al desarrollo» —«poscapitalistas»—, «modos colectivos de producción», o formas comunitarias que generarían formas y experiencias de apoyo mutuo, destacando «el valor de la naturaleza en las relaciones del ser humano» (Mendoza, 2024:300).

Sin embargo, el antagonismo práctico de los «movimientos sociales», no ofrece especificidad alguna sobre las variadas formas de organizar las unidades productivas: se invoca «el pensar alternativamente las alternativas» (Mendoza, 2024:300), como el «Buen vivir» o citando a Escobar «la cosa va por otro lado» sin especificar las formas de posesión-en-separación de las condiciones de existencia múltiples de las unidades productivas y sus agentes en cuestión, y la manera de generar formas de posesión-en-separación colectivas. En otras palabras, la metamorfosis pluscategorial extraordinaria explícita de las políticas de transformación técnica y social de la división del

⁵⁰ «Ejes para la acumulación del capital» (Mendoza, 2024:299).

trabajo geográfico queda sin mencionarse, a su vez la noción «poscapitalista» puede manifestar múltiples tipos de organización de tipo «socialistas». De hecho, Mendoza cita la crítica de Ramírez-Cendrero: «el enfoque no proporciona los elementos necesarios para trascender al capitalismo (...) no ofrece instrumentos conceptuales capaces de trascender el capitalismo [o] diseño innovador de auténtico cambio social» (Mendoza, 2024:301).

Pero Mendoza extiende dichos «límites del enfoque del posdesarrollo» en dirección del «pensamiento crítico» sobre «la necesidad de la transición del sistema capitalista» (Mendoza, 2024:301) y simultáneamente intenta cerrar la discusión de la «transformación social», digo *intento* porque como veremos más adelante, la narrativa lo obliga a recuperar la problemática sobre la forma Estado, y la función del «mercado».

Inicialmente, Mendoza considera pertinente «identificar» las «formas sociales» que el posdesarrollo percibe durante un periodo de transición. Percibe que las «formas sociales» son «modos de vida tradicionales», que «buscan mejorar sus condiciones de vida», por medio de prácticas sociales que rechazan el vocabulario occidéntico (liberales, estatales, capitalistas) ejemplificado por los «cuestionamientos» del Buen Vivir (Mendoza, 2024:301). Supone respetar el saber plural y prácticas en «*todos los órdenes de vida*» (Mendoza, 2024:303, subrayados míos), rescatando las formas de vida comunitarias, colectivas, representando un cuadro de normas sobre un «proyecto ético-civilizatorio» (Mendoza, 2024:303, nota a pie de página). En otras palabras, los movimientos y estrategias «posneoliberales» experimentados en la región latinoamericana en las últimas décadas son insuficientes dada la ausencia de un «nuevo modelo» (Mendoza, 2024:305, cita de Calix, a pie de página). Ante desequilibrios categoriales y omisiones de la metamorfosis discursiva, aparentemente *sin alternativas*, tanto por

parte del pensamiento crítico como la del posdesarrollo, éste último debe «apostarle» al «giro descolonial» (Mendoza, 2024:305), para recuperar e innovar una forma «cultural y epistémica» *desde* sus propias visiones —la cosmogonía, los «mundos»—, de las comunidades, agrupadas y en alianzas (étnicas) regionales e interregionales.

Subrepticamente, la narrativa en torno a la «transición cultural» (Mendoza, 2024:305) de la época, resucita la figura del Estado y «estructuras socioeconómicas de una economía de mercado» (2024:305) para deliberar sobre tendencias «poscapitalistas», sin embargo, la cita de Andrés Piqueras reproduce el clásico discurso sobre la transición hacia el «socialismo» sin mencionarlo: «formas autogestionarias, colectivización, y cooperativas, mediante una larga transición» (2024:305). Simultáneamente invoca la insistencia de Escobar a favor de las luchas «desde abajo» y en sintonía «con las dinámicas de la Tierra» (2024:305), bautizando «pensamiento autónómico» a la primera y «pensamiento de la Tierra» a la segunda, cuyos «entramados» pluscategoriales conforman diversas formas de vida: una «pluriversalidad» múltiple —valga la redundancia— de configuraciones sionaturales, liberales y comunales, capitalistas y no «capitalistas».

Se trata de un nuevo horizonte regional en gestación, «cristalizando» procesos, organizándose bajo una evolución pluscategorial extraordinaria, «relacionados» con el enfoque del posdesarrollo (Mendoza, 2024:306).

No obstante, Mendoza reitera nuevamente la existencia de una crisis sobre políticas alternativas del desarrollo en la región, mientras que el propio Escobar observa una época y un futuro «vibrante»:

el pensamiento crítico latinoamericano se encuentra «vibrante» con contribuciones teórico-políticas para repensar la región desde los pueblos, en las

mingas de pensamiento, en los debates de movimientos y colectivos, en las asambleas de comunidades en resistencia, en las movilizaciones de jóvenes, mujeres, campesinos y ambientalistas (Mendoza, 2024:307-308).

En otras palabras, para Escobar, el posdesarrollo sigue siendo un enclave discursivo positivo para cuestionar los problemas y las prácticas generadas por el pensamiento desarrollista (crecimiento, progreso, modernidad). La inclusión discursiva de Quijano al desequilibrio positivo en el nivel de las categorías ocupa la tarea iconoclasta de advertir el «exterminio de la vida y de los recursos naturales y estratégicos del planeta» (Mendoza, 2024:308), así como la elaboración de una estrategia «significativa» del modelo, desde «la diversidad y la diferencia, desde abajo» para una «transición poscapitalista» (2024:308), ahora bien, según Mendoza el posdesarrollo ofrece, una alternativa en la medida que sea «poscapitalista»: «resocialización en lo común: reapropiarnos de los medios de vida» (2024:310).

En el plano ideológico, el posdesarrollo puede establecer el punto de partida de una época en que el desarrollo ya no sería el principio organizativo central de la vida social y, por tanto, se abriría la posibilidad de pensar y actuar de manera diferente para que se visibilice sin otros pensamientos, otras posibilidades y otras formas de práctica social que han generado espacios de resistencia y construcción, que *han seguido luchando* por un horizonte alternativo de transformación social frente al capitalismo, construyendo o preservando formas de producción y organización social no mercantiles en una época de transición poscapitalista (Mendoza, 2024:310).⁵¹

⁵¹ «Se trata de la búsqueda de modos colectivos de producción y propiedad para reconstruir formas de relación comunitarias que lleven a la práctica organizaciones sociales no

Por un lado, Mendoza otorga una hegemonía, tal vez exagerada, del discurso «desarrollista», e implícitamente cuestiona las reivindicaciones de las luchas de las fuerzas sociales «desde abajo» por el otro. La formación pluscategorial extraordinaria no define formas sociales alternativas, más que genéricas sobre la reorganización de la posesión-en-separación de las condiciones de existencia de las unidades productivas a través de los términos como «colectivos», «comunales», «tradicionales». El discurso desarrollista parece confrontado a una decisión política explícita: la transformación de la división técnica, social y geográfica del trabajo, que supone alianzas con agentes cuya cosmogonía cultural (Buen Vivir, entre otras) impediría destruir selectivamente aspectos considerados sagrados para la misma, defendiendo al «clima» por *sobre la transformación* de las relaciones sociales, o proyectos sociales que proponen cambiar las formas de posesión-en-separación de las condiciones de existencia de y entre las unidades productivas, regionales e interregionales. Mendoza da ejemplos de los antagonismos de un caso durante el régimen que lidereó Evo Escobar (Mendoza, 2024).

Pero en el contexto pluscategorial fomentado por el posdesarrollo, la pluralidad tanto «discursiva» como en la «práctica», supone que todo tipo de trabajo, labor, forma parte de la «naturaleza». Desafortunadamente toda actividad productiva requiere destruir cierta energía para generar las transformaciones productivas (sostenible o no) y formas alternativas de vida. Se impone la toma de decisiones democráticas ante el dilema político

capitalistas como formas comunitarias de vida que permitan en el *hacer* generar dinámicas de experiencias permanentes en las relaciones de apoyo mutuo, colaborativo y solidario, que destaquen el valor de la naturaleza en las relaciones del ser humano y los saberes subalternos como alternativas a la racionalidad occidental dominante» (Mendoza, 2024:310).

entre mantener al «burro» o introducir el «tractor», recordando el ámbito plural tanto en el nivel de las variadas formas de organización de la división del trabajo, local o regional (o interregional), y de las respectivas cosmogonías. En mi opinión la *periferia* no puede darse el lujo de asumir las agendas del Norte sobre el uso y distribución de los recursos «naturales» sin antes proponer transformaciones en las formas de posesión-en-separación de las condiciones de existencia de las unidades productivas; es más debe promover el lema «cambiamos las relaciones sociales no el clima». Proponer al Norte, cuya integrada matriz productiva ha alcanzado grados de innovación inalcanzables por la periferia, dedicarse a ajustar las condiciones de existencia productivas y del medio ambiente. La pugna en la Periferia debe centrarse en una reconfiguración de las reglas comerciales financieras internacionales y préstamos a largo plazo para reorganizar la división técnica, social y geográfica del trabajo en los espacios colectivos y productivos.

Finalmente, nadie podría objetar los términos de la propuesta: «El posdesarrollo será una posibilidad en la actualidad si es una opción en la transición poscapitalista para una resocialización en lo común: reapropiarnos de los medios de vida» (Mendoza, 2024:310), pero entonces no podemos eludir políticamente las decisiones que dicho proyecto supone. ¿Pueden defenderse «*todos* los órdenes de vida»? (Mendoza, 2024:303) ¿La superación se da con reformas sociales en torno a la «colectiva» posesión-en-separación de las condiciones de existencia de las unidades productivas o cambiando un burro por un tractor? La política creativa supone una suerte de híbrido categorial incorporando al proceso de reforma el vocabulario pluricultural de los agentes en cuestión.

Por un desacuerdo inconcluso del estructuralismo latinoamericano

Como hemos visto, mi crítica a los respectivos capítulos del libro sugiere ciertas transformaciones pluscategoriales de discursivas de distinta índole, tanto políticas como conceptuales, que se concentrarán a continuación ampliando las consecuencias categoriales de la noción de «posesión-en-separación».

El libro denotó que durante el proceso de reconstrucción teórica entre 1950 y 1970, el discurso latinoamericano sobre el desarrollo tuvo que confrontar la paradoja de relativamente altas tasas de crecimiento, impulsadas por políticas de desarrollo «hacia adentro» —inéditas en los últimos 30 años—, sin una correspondiente reducción de las desigualdades de ingresos sectoriales y geográficas (las famosas brechas). Por lo tanto, la «heterogeneidad» relativa, territorial, regional o formaciones económicas, formó el sustento para repensar las estrategias evolutivas enfrentando discursos evolutivos y «etapistas» occidentales.

Aquí se sugiere que la problemática y evolución de la heterogeneidad debe evitar pensar las relaciones sociales como una «cosa», y por tanto su predeterminada articulación a una «técnica» (recuérdese la dicotomía relaciones sociales y fuerzas productivas); se subrayan las asimetrías de poder entre los agentes, unidades productivas, regiones y naciones por medio de una generación pluscategorial extraordinaria, que sustituya el desequilibrio a escala de las categorías que presentan nuestros clásicos. No creo que el desequilibrio categorial se deba a los autores previamente referidos, ya sea Furtado o Prebisch, por ejemplo, el propio Octavio Rodríguez ofrece una de las mejores presentaciones del desequilibrio categorial clásico:

El concepto de subempleo se apoya en el de heterogeneidad estructural. Esta puede definirse atendiendo a la estructura productiva, o bien a la estructura de la ocupación. Desde el primer ángulo, una estructura productiva se dice heterogénea cuando coexisten en ella actividades, ramas o sectores donde la productividad del trabajo es elevada o «normal», con otras en las cuales esa productividad resulta muy reducida. A ese tipo de estructura productiva corresponde cierta estructura ocupacional. Una es espejo de la otra. En una economía periférica existe mano de obra ocupada en condiciones de productividad alta o «normal», que constituye el empleo. Pero se verifica también la presencia de mano de obra ocupada a niveles de productividad muy bajos, que conforma el subempleo (Rodríguez 2007:453).

La hegemonía categorial alternativa debe dejar atrás los últimos resquicios de nociones etapistas —de hecho racistas— legados por los discursos occidénticos. No se trataba de un problema «tecnológico», o de déficits en la industrialización, ni particularmente una característica de las economías «subdesarrolladas». Su presencia nunca acabada, tanto en la periferia como en el centro, es producto de las divergentes/conflictivas, «formas de posesión-en-separación» de sus condiciones de existencia: la manera en que ciertas unidades de producción «poseen» algunas de las condiciones de existencia de otras unidades y las diversas formas en que la «mano de obra» también está separada de ciertas de sus condiciones de existencia.

La dirección y transformación cualitativa de la economía debe darse a través de una serie de mutaciones de las formas de posesión-en-separación de las unidades productivas entre sí. La secuela final no supone la desaparición de algunas formas de organización que se dicen «capitalistas»; el desarrollo supone, más allá del «crecimiento», un archipiélago de asociaciones

(agentes/unidades productivas) de diversa índole, cuyas características se dilucidan, a su vez, por medio de la noción de la heterogeneidad. Las asimetrías de poder que presenta el archipiélago económico de los agentes en cuestión generan, para bien o para mal, las diversas narrativas antagónicas que los constituyen y a partir de las cuales toman decisiones.

Las divergentes condiciones de existencia de las unidades de producción en algunos casos obstaculizan o mejoran las diferentes estrategias para imponer/defender ciertos precios, en determinados sectores o ramas productivas: la asimetría de poder entre las unidades productivas, regiones, y naciones, es consecuencia de la posesión-en-separación de las condiciones de existencia, es decir, de relaciones sociales que constituyen la heterogeneidad.

Quedaba claro que el desarrollo suponía un proceso —político— complejo de reformar las relaciones sociales en cuestión, «heterogéneas» por definición, que va más allá de impulsar la razón producto/capital.

Por lo tanto, «el (los) mercado (s)» es (son) una articulación de una serie de agentes o unidades productivas entre sí, cuyos mecanismos de «posesión-en-separación» institucionalizados organizan a cierto tipo de asociación entre unidades productivas y mano de obra; formas de «posesión-en-separación» cuya transformación supone medios políticos y legales. La dicotomía «propiedad privada» o «colectiva-nacional», o sencillamente una alternativa «anticapitalista», obstaculiza repensar reformas y estrategias políticas plurales para articular entre sí a los agentes/unidades; en otras palabras, la «socialización» o asociación de la «posesión-en-separación» de las condiciones de existencia en cuestión, a su vez heterogéneas, supone políticas específicas, como se pensaban en el pasado las «reformas agrarias» o de «base».

La función complementaria o la supuesta «interdependencia» entre las unidades productivas y las entidades financieras, y los «hogares», entendido como un evento automático por la economía convencional exige una explicación. Una política del fomento de la «industrialización» «desde abajo» puede ir acompañada con la ampliación del financiamiento a las pequeñas y medianas empresas, que finalmente son las entidades que absorben mayoritariamente a gran parte de la población económica activa, a diferencia de las «grandes empresas». El financiamiento a pequeñas empresas debe priorizar la «creación-organización» de las mismas, a través de algún tipo de legislación que ejerza su asociación entre sí, conforme a un programa que incluya una tasa salarial y el establecimiento de precios negociado. Se requiere, por tanto, un presupuesto que incluya recursos destinados en ese sentido, similar al que supone la realización de una «reforma agraria», cuando fue necesaria la compra de tierra y su «distribución».

Como resultado, el pensamiento latinoamericano inició al diferenciar el «crecimiento» del «desarrollo», lo cual suponía transformar la manera en que las unidades productivas y la mano de obra se articulaban entre sí, ampliando el radio de acción de la «economía» por vía de la incorporación de una mayor proporción de la fuerza de trabajo, que tuvo éxito con las empresas públicas o «nacionales», las cuales fueron el primer blanco de las políticas «neoliberales» a partir de la década de 1980. Ofrecían, «desde arriba», a pesar de cierto desorden financiero, un primer acercamiento a recomponer alternativas formas de posesión-en-separación de sus condiciones de existencia, delimitadas por la construcción del presupuesto y organizaciones laborales cuya autonomía siempre fue relativa, pero en última instancia entidades productivas casi «socialistas» para el gusto de algunos, y disgusto de muchos a partir del devenir de la URSS.

La perspectiva latinoamericana en ocasiones peca de cierto fetichismo «industrializador», cuando potencialmente va más allá del mero «crecimiento» y transformaciones «tecnológicas» y más bien tiene que ver con los cambios sociales y políticos, una problemática de poder entre y dentro de las unidades productivas, regiones y países.

La hegemonía del marxismo impedía observar lógicas, en plural, del capital, aun cuando Marx insistió en que se trataba de una «relación social», no una «cosa»: aquí he intentado subrayar la heterogeneidad de las relaciones sociales y su constitución, en otras palabras, desterrar tanto la «unidad» preestablecida, preconstituida, del agente, así como sus condiciones de existencia.

La organización de la producción y las formas de «propiedad» (relaciones de propiedad, «privada» y «colectiva»)⁵² son un equívoco innecesario, debido a que la noción de «posesión-en separación» supone aspectos de transformación o adaptación muy diversos institucionalmente hablando, para pensar su «reproducción»: las relaciones sociales-institucionales que no están bajo su «control», por eso considero que la expresión «formas-de-posesión» en separación de las condiciones de existencia de los agentes/unidades productivas obliga a generar una explicación alternativa.

Una vez que se va desplazando la noción de la teoría del valor marxista, y del «capitalismo» como una entidad autogenerativa en general, cabe reivindicar la noción de formaciones económicas heterogéneas, centros-periferias heterogéneas, y plantear la posibilidad de organizar o «gestionar» los recursos productivos por otras estrategias alternativas de organización social «desde abajo», en las que tal vez inadvertidamente el

⁵² Sin olvidar que las propias nociones de lo «privado» y lo «colectivo-nacionalizado» (?) son complejas en sus propios términos.

«posdesarrollo» ha avanzado, por un lado; mientras simultáneamente inmovilizaba, por otro, la reorganización de las unidades productivas entre sí por medio del resguardo del «medio ambiente» o las cosmogonías respectivas de los pueblos.

Se supone un archipiélago social antagónico y desigual, que presenta diversas formas de posesión-en-separación de las condiciones de existencia de las unidades productivas y las de la mano de obra articulada a las mismas. Buscar su asociación desde «abajo» supone repensar los agentes o «movimientos» y sus respectivas narrativas. En términos más «clásicos, se trata de una diversidad de «clases», las cuales poseen en separación distintas condiciones de su existencia, así como el de las otras. Las nociones de clases «universales» son imposibles, al igual que la total «socialización» de las condiciones de existencia a través de un «plan», el cual a su vez es poseído en separación por distintos agentes, tanto en su construcción como en su materialización, lo que genera la respectiva heterogeneidad: o sea, las asimetrías de poder.

Del archipiélago económico, desde un ángulo alternativo latinoamericano, se llega a la misma apreciación:

Estas formas de explotación cruzan transversalmente todas las clases sociales agrupadas, no por la fuente de donde vienen sus ingresos sino por la magnitud relativa de sus ingresos familiares y personales. Especialmente en las sociedades periféricas contemporáneas (y de América Latina en particular), en los estratos medios y bajos de ingreso encontramos micro y pequeños empresarios o pequeños propietarios rurales, junto con profesionales independientes por cuenta propia, cuyos ingresos respectivos para consumo personal o familiar no difieren sustancialmente entre sí ni respecto de los percibidos

por asalariados que venden su fuerza laboral. Todos ellos considerados como personas o como grupos familiares, se ubican en parecidos estratos en materia de distribución personal/familiar del ingreso (Di Filippo, 2013:87).

Aparentemente ciertas fuentes principales de «explotación» radican en la disparidad desigual de los ingresos entre personas y grupos familiares, o la injusta distribución funcional del ingreso, estructurado socialmente a través de la figura del «propietario». Si bien, «todo capitalista es un propietario, no todo propietario es un capitalista» (Di Filippo, 2013:242), «[s]olamente los propietarios de alguna mercancía (incluyendo el dinero) pueden participar por derecho propio en los mercados» (Di Filippo, 2013:74).

Surge entonces la duda sobre las condiciones de existencia del mecanismo de explotación y, por tanto, de la desigualdad e injusticia. Es preciso recordar que ya no es posible apoyarse en la acepción de «extracción» de plustrabajo en y durante el proceso de trabajo, como se presentaría bajo la visión marxista (p/v). Por lo tanto, la transformación de las relaciones sociales para constituir una sociedad bajo un orden de justicia «distributiva» debe retornar a considerar las condiciones de existencia de las asimetrías de poder, las cuales en parte se presentan por los diversos grados de empoderamiento de los agentes y unidades productivas entre sí. Un aspecto es la manera en que se sostiene la defensa de ciertas tasas salariales y el nivel de las canastas básicas mínimas; otro tanto se refiere a un elemento, no «contable», que sostiene y da vida a la «explotación» y desigualdad fundacional originaria: las formas de posesión-en-separación de las condiciones de existencia de las unidades productivas y de la mano de obra. Es precisamente la posesión-en-separación de ciertas condiciones de existencia de la producción por parte de cada unidad productiva el mecanismo

que genera las asimetrías de poder: tanto las unidades productivas como la fuerza laboral poseen en separación únicamente algunas de las condiciones de su reproducción, esa «carencia» se resuelve por medio del intercambio, del proceso de circulación, en otras palabras, por medio del «mercado». La existencia de las relaciones mercantiles obedece a dicho resquicio, a los elementos que no pueden ser cubiertos por una misma unidad productiva; requiere de su articulación a otras unidades productivas por medio de un sistema de «equivalencias» negociadas, establecimiento de precios, políticas de inversión y de endeudamiento, tasas salariales: las diversas condiciones de existencia para cubrir íntegramente aspectos de la producción, aspectos que generan la intrínseca heterogeneidad e inestabilidad del «capitalismo» (tanto en el centro como en la periferia).

A su vez esto implica que las relaciones de poder, las formas de posesión-en-separación entre las unidades productivas y la fuerza laboral son de hecho el «mercado». Utilizando una expresión de Di Filippo quiero resaltar una importante diferencia para pensar el sustrato principal de la generación de las asimetrías de poder. Di Filippo menciona que «el tema de la justicia distributiva está detrás del mercado y tiene relación con la naturaleza de las instituciones que determinan esa distribución y con el contenido moral de las decisiones de cada demandante» (2013:234).

Sugiero mejor que el «mercado» no está «fuera», ni «detrás», de los agentes productivos, como podría ser el caso de aquella muchedumbre o «localidad» geográfica que se denomina coloquialmente «mercado» a unas cuadas de nuestros hogares: las asimetrías de poder y por tanto la explotación se deben a esa desarticulación de las unidades productivas entre sí y la fuerza laboral respectiva, es decir, «mercado» implica esa desarticulación potencial que se resuelve con la compra y venta de mano de obra

y productos. Con otras palabras: a través de la circulación mercantil. La estrategia política de transformación de las asimetrías de poder recae, en un primer momento, en otorgar y crear cierta institucionalización del uso de la unidad de cuenta, o «moneda de cuenta» como dice Di Filippo, pero reduciendo o limitando su radio de acción y usos alternativos fuera del ámbito «productivo» propiamente dicho. Además de constituir las canastas básicas, se requiere generar otros mecanismos de asociación entre las unidades productivas entre sí y la fuerza laboral, aparte de la moneda de cuenta. Hay que confesar que en términos «clásicos» el mercado y el «salario» no desaparecerán nunca. De hecho, incluso en las más «modernas» economías, los niveles salariales y el valor de la «moneda de cuenta» forman parte de un proceso negociado *vis a vis* otros Estados o economías. Colateralmente a las empresas de índole «público» o de colaboración privado/público, deben ampliarse los servicios «públicos» respectivos: educación, recreación, transporte, salud, etcétera.

No existe nada detrás del «mercado» de donde cabe deducir el poder y sus asimetrías, es la posesión-en-separación de ciertas condiciones de existencia por parte de algunas unidades o agentes productivos respecto a las necesidades de otras unidades y la mano de obra lo que constituye la fuente de la explotación y por tanto la fuente de la asimetría de poder. La «posesión-en-separación», llámese colectiva, socialista, comunista, nacional, etcétera, implica, no obstante, definir y construir la «unidad»; el «plan», por ejemplo, supone a su vez una *dispersión* —posesión-en-separación— de sus condiciones de existencia: ¿quién construye el plan? ¿El partido? ¿El pueblo? ¿La clase obrera?

Como ya se expuso antes, ello supone que las «clases» como categorías económicas no desaparecerán y se tendrá que definirlas en tanto su

específica posesión-en-separación de «algunas» de las condiciones de existencia para la reproducción de las mismas y de la totalidad social. Algunas unidades «monopolizarían» ciertas condiciones, inmersas en un mar de pequeñas unidades (pymes) productivas —a veces no tan pequeñas—, las cuales jurídicamente podrían constituirse en «cooperativas» o «empresas pequeñoburguesas» como solía decirse, dependiendo de la amplitud de las condiciones de «posesión-en-separación» (la heterogeneidad de la cual habla el estructuralismo latinoamericano).

La problemática de la heterogeneidad no es meramente un aspecto tecnológico o de «productividad», sino de «poder», debido a que la medición de la «productividad» depende a su vez de la manera en que se pueden establecer cálculos y equivalencias a corto y largo plazo (p/v). En este sentido siempre existirán formas de posesión-en-separación entre diversas unidades de producción, lo que genera asimetrías de poder tanto por la forma de articularse entre sí —definidas por ciertas reglas-convenio o simplemente desreguladas— o debido al tipo de acceso a la generación de dinero-crédito (evaluación-calificación bancaria), con sus respectivas capacidades de negociar salarios-precios. El establecimiento de equivalencias, de precios, se convierte en un proceso de reflexión y cálculo político, aspecto teórico que antes se suponía resuelto citando a la teoría general de valor trabajo o utilidades. Las «economías», los agentes y sus respectivos horizontes en mutación no obedecen a ninguna preestablecida «racionalidad», ya que sus condiciones de existencia no observan características generales, son, por lo tanto, a su vez «heterogéneas». Es un ámbito gobernado por la diversidad de formas de posesión-en-separación que sustentan ciertas de las condiciones de existencia de los agentes y las unidades productivas. Las asimetrías de poder entre sí y los agentes —debido a la

forma de posesión en separación— hacen imposible elaborar una explicación general en torno a los «obstáculos estructurales» y su posible transformación, en otras palabras, se niega la pertinencia de una racionalidad preconstituida como se observa en la economía ortodoxa, aunque igualmente presupuesta por la «teoría valor trabajo» marxista. Por otra parte, ello explica que el deterioro de los precios del intercambio no se debe necesariamente a las características de los «productos» que se comercian, o los respectivos «precios-elasticidades» entre el centro y la periferia, el deterioro puede presentarse en la propia periferia.

Referencias

- Arndt, W. (1987). *Economic development: the history of an idea*. Londres: University of Chicago Press.
- Barkin, D., Villaseñor, R.O. (2022). «Pueblos en resistencia: forjando el sujeto revolucionario comunitario». *Estudios Críticos del Desarrollo*, XII(22), 2022, pp. 105-136.
- Bartra, V.A. (2008). «Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado». *Boletín de Antropología Americana* (44), pp. 5-24.
- Cárdenas Castro, J.C., Lana Seabra, R. (eds.) (2022). *El giro dependientista latinoamericano. Los orígenes de la teoría marxista de la Dependencia*. Chile: Ariadna Ediciones.
- Cardoso, F.H., Faletto, E. (1978). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- De Ita, A. (24 de septiembre de 2022). «Treinta años de contrarreforma agraria». *La Jornada*.

- Di Filippo, A. (2013). *Una visión sistémica desde América Latina*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Di Filippo, A. (2021). *El desarrollo y la integración de América Latina: una odisea inconclusa*. Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Dos Santos, T. (1983). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.
- Dos Santos, T. (1970). «The structure of dependence». *The American Economic Review*, 60(2), pp. 231-236.
- Fajnzylber, F. (1983). *La industrialización trunca de América Latina*. México: Editorial Nueva Imagen.
- Fernández López, M. (2008). «Raúl Prebisch y su alma máter». *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Económicas*, LIII, Universidad de Buenos Aires.
- Fisher, I. (1911). *The purchasing power of money, its determination and relation to credit, interest and crises*. New York: The Macmillan Company.
- Foucault, M. (1970). *Arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Furtado, C. (2003 [1948]). *Economía colonial en Brasil en los siglos XVI y XVII*. México: Universidad de la Ciudad de México.
- Furtado, C. (1954). *A economia brasileira*. Río de Janeiro: Editora a Noite.
- Furtado, C. (1956). «Setor privado e poupança». *Econômica Brasileira*, II(2).
- Furtado, C. (1964). *Desarrollo y subdesarrollo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Furtado, C. (1967). *Subdesenvolvimento e estagnacao na América Latina (Subdesarrollo y estancamiento en América Latina)*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Furtado, C., Maneschi, A. (1968). «Un modelo de simulación del desarrollo y el estancamiento en América Latina». *El Trimestre Económico*, XXXV(138).
- Furtado, C. (1974 [1967]). *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*. México: Siglo XXI.

- Furtado, C., De Sousa, A. (1970). «Los perfiles de la demanda y de la inversión». *El Trimestre Económico*, XXXVII(147).
- Furtado, C. (1978). *Prefacio a una nueva economía política*. México: Siglo XXI.
- Furtado, C. (1962 [1959]). *Formación económica del Brasil*. México/Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Furtado, C. (1965). «Brasil de hoje: problemas do futuro com homens do passado». *Revista Civilização Brasileira*, 1(3).
- González Casanova, P. (1967). *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- González Casanova, P. (1969). *Sociología de la explotación*. México: Siglo XXI.
- González Casanova, P. (2006). *Sociología de la explotación*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Grondona, A., Tzeiman, A. (comps.) (2020). *Desarrollo y dependencia desde América Latina. Problemas, debates y conceptos*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Guillén, A. (2007). «La teoría latinoamericana del desarrollo. Reflexiones para una estrategia alternativa frente al neoliberalismo». En Vidal, G., Guillén R., A., *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización: homenaje a Celso Furtado*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Casa Abierta al Tiempo.
- Guillén, A. (2024). «La teoría estructuralista del desarrollo en América Latina: aportes y enseñanzas». En Pierre, M., Guillén, A., Meireles, M. y Mendoza, A., *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gurrieri, A. (1982). *La obra de Prebisch en la Cepal*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Kay, C. (2021). «Theotonio dos Santos (1936-2018): intelectual revolucionario y pionero de la teoría de la dependencia», *El Trimestre Económico*, LXXXVIII (349), pp. 277-320.
- Kay, C. (1989). *Latin American theories of development and underdevelopment*. Londres/Nueva York: Routledge.
- López, J. (2020). «Raúl Prebisch y el pensamiento estructuralista latinoamericano». *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, 51(202).
- Mallorquín, C., Sánchez Torres, R. (2006). *El estructuralismo latinoamericano e institucionalismo norteamericano. ¿Discursos compatibles en la teoría social contemporánea?* Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Mallorquín, C. (2013). *Relatos contados desde la periferia: el pensamiento económico latinoamericano*. México: Plaza y Valdés.
- Mallorquín, C. (2020). «Celso Furtado: el memorioso». *Cadernos do Desenvolvimento*, 15(26), pp. 41-63.
- Mallorquín, C. (2021). «El desafío de la sustitución de importaciones de las categorías occidénticas: Celso Furtado». *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros* (77), pp. 35-65.
- Mallorquín, C. (2023). «Centros-que-tienen-periferias y periferias-que-tienen-centros: Raúl Prebisch». *Estudios Críticos del Desarrollo*, XIII(25), pp. 225-251, ISSN: 2448-5020.
- Marini, M. (1968). «Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales». *Foro Internacional*, 9(33), pp. 118-120.
- Marini, M. (1974 [1969]). *Subdesarrollo y revolución*. México: Siglo XXI.
- Marini, M. (1974 [1972]). *La dialéctica de la dependencia*. México: Era.
- Marini, M. (1993). *América Latina: democracia e integración*. Caracas: Nueva Sociedad.

- Meek, R. (1976). *Social science and the ignoble savage*. Cambridge/NuevaYork: Cambridge University Press.
- Meireles, M. (2024). «Neoestructuralismo, neodesarrollismo y socialdesarrollismo: notas a partir de sus similitudes y diferencias». En Pierre, M., Guillén, A., Meireles, M. y Mendoza, A., *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meireles, M. (2022). «Juan Noyola Vázquez (1922-1962)». En Odisio, J., Rougier, M. (eds.), *El desafío del desarrollo. Trayectorias de los grandes economistas latinoamericanos del siglo XX*. España: Editorial de la Universidad de Cantabria.
- Mendoza, A. (2024). «El posdesarrollo: contribuciones y alcances de una crítica al paradigma del desarrollo». En Pierre, M., Guillén, A., Meireles, M. y Mendoza, A., *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Odisio, J., Rougier, M. (eds.) (2022). *El desafío del desarrollo. Trayectorias de los grandes economistas latinoamericanos del siglo XX*. España: Editorial de la Universidad de Cantabria.
- Pierre, M. (2024). «Industrializar la periferia: la crítica marxista al subdesarrollo». En Pierre, M., Guillén, A., Meireles, M. y Mendoza, A., *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pierre, M., Guillén, A., Meireles, M. y Mendoza, A. (2024). *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. (1921). «Anotaciones sobre nuestro medio circulante. A propósito del último libro del Dr. Norberto Piñero». En *Raúl Prebisch. Obras 1919-1948*, Buenos Aires: Fundación Raúl Prebisch.

- Prebisch, R. (1934). «El momento presente de nuestra economía». En *Raúl Prebisch. Obras 1919-1948*. Buenos Aires: Fundación Raúl Prebisch.
- Prebisch, R. (1993[1949]). «Teoría dinámica de la economía». Conferencia sustentada en la Escuela Nacional de Economía de febrero a marzo. En Prebisch, R., *Raúl Prebisch. Obras 1919-1948*. Buenos Aires: Fundación Raúl Prebisch.
- Prebisch, R. (1949b). *Desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*. Santiago de Chile: Cepal.
- Prebisch, R. (1971). *Clases mecanografiadas. 16 de junio de 1971*. Santiago de Chile: Cepal.
- Prebisch, R. (1982). «Crisis del capitalismo y la crisis de las teorías económicas». En Henrique Cardoso, F., Prebisch, R. y Green, R. (coords.), *En torno al Estado y al desarrollo*. México: Nueva Imagen/Centro de Estudios del Tercer Mundo.
- Rodríguez, O. (2007). «La agenda del desarrollo [Elementos para su discusión]». En Vidal, G., Guillén R., A., *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización: homenaje a Celso Furtado*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Casa Abierta al Tiempo.
- Ros, J. (1987). «Coloquio sobre el libro *El pensamiento de Juan F. Noyola*». En *Desequilibrio externo e inflación. Juan F. Noyola Vázquez*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rougier, M., Odisio, J. (2017). «Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos». *Las ideas sobre el desarrollo nacional (1914-1980)*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
- Streeten, P. (1989). «Dudley Seers (1920-83): a personal appreciation». *IDS Bulletin*, 20(3).
- Soto E., R. (2010). *Especulación e innovación financiera*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa.

- Subcomandante Insurgente Moisés (2023). «Novena parte: la nueva estructura de la autonomía zapatista». *Enlace Zapatista*. Recuperado de <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2023/11/12/novena-parte-la-nueva-estructura-de-la-autonomia-zapatista/>
- Sunkel, O., Zuleta, G. (1990). «Neoestructuralismo *versus* neoliberalismo en los años noventa». *Revista de la Cepal* (42).
- Sunkel, O. (1967 [1958]). «La inflación chilena. Un enfoque heterodoxo». En Sunkel, O., Maynard, G., Seers, D., Olivera, J.G., *Inflación y estructura económica*. Buenos Aires: Paidós.
- Sunkel, O., Maynard, G., Seers, D., Olivera, J.G. (1967). *Inflación y estructura económica*. Buenos Aires: Paidós.
- Tribe, K. (1981). *Genealogies of capitalism*. Londres: Macmillan.
- Vidal, G., Guillén R., A. (2007). *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización: homenaje a Celso Furtado*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Casa Abierta al Tiempo.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional